

Mira, yo hago nuevas todas las cosas

(Ap 21,5)

**Ejercicios Espirituales de los universitarios
de Comunión y Liberación en España**

Guadarrama, 23-25 de febrero de 2024

Mira, yo hago nuevas todas las cosas

(Ap 21,5)

**Ejercicios Espirituales de los universitarios
de Comunión y Liberación en España**

Apuntes de las meditaciones de Tommaso Pedroli

Guadarrama, 23-25 de febrero de 2024

Queridos amigos:

Estos días os habéis reunido para volver a decir “sí” personalmente a la historia que nos ha puesto juntos. Al enviaros este saludo y agradecimiento a cada uno de vosotros, permitidme recordar el testimonio de nuestro querido amigo Carras, a quien el Señor llamó recientemente. Su vida fue un testimonio claro y fascinante de un “sí” total a Cristo dentro de esta historia. Y eso es lo que le hizo grande y padre de muchos de nosotros. Eso es lo que hizo posible que su funeral fuera la expresión de un pueblo que camina con certeza. ¿Quién no desea una grandeza así en su vida?

Como me contaba Jone cuando ella y Carras vinieron a Italia para abrir el Centro Internacional en Roma, obedeciendo a una petición del movimiento a través de don Giussani. Jone me decía que cuando aterrizaron en Roma pensaron: «¡Hoy quemamos las naves!». Una cosa así solo es razonable cuando uno camina con certeza. Una entrega sin reservas es lo que el mismo Jesús le pidió al joven rico: «¿Estás dispuesto a dejarlo todo?». La experiencia de una correspondencia con el corazón es lo que nos une a Cristo y no estaríamos aquí si algo no hubiera tocado profundamente nuestra humanidad.

Os deseo por tanto que podáis ser amigos entre vosotros para poder decir cada vez más radicalmente ese “sí” a Cristo, para “quemar las naves” de nuestras resistencias, de nuestros “sí” y nuestros “pero”. De tal modo que las decisiones que toméis en la vida tengan siempre el gran horizonte que la presencia de Cristo otorga a nuestra existencia, dentro de esta historia siguiendo al Papa y a la Iglesia.

Un abrazo a cada uno de vosotros,

Davide Prospero

INTRODUCCIÓN

No sabéis la alegría que me invade al contemplar vuestros rostros y este salón lleno. No quiero dar por descontado el sí que cada uno de vosotros ha pronunciado para poder estar aquí esta noche.

En este tiempo me ha ayudado mucho una frase de san Agustín: cuando se ama algo, cuando hay un afecto profundo, no hay fatiga. Y si cuesta, si hay alguna fatiga, se llega a amar la fatiga misma: «*In eo quod amatur, aut non laboratur, aut et labor amatur*»¹. Si estamos aquí es porque hemos encontrado algo que ha cautivado, al menos un instante, nuestra atención y nuestro afecto: una invitación concreta, un ideal alto. Algunos, como yo, estamos llenos de expectativa y deseo. Puede que algunos, en estos instantes, estemos llenos de dudas o aridez. Es normal: la palabra “ejercicios” nos remite en seguida a un compromiso, y el compromiso conlleva algo de fatiga. Aunque nos cueste, aunque no sepamos del todo a qué hemos venido o incluso nos estemos arrepintiendo de haber venido, ojalá lleguemos a amar todo lo que se nos ofrezca... incluida la experiencia de la fatiga, como dice san Agustín. Por eso empezamos cantando todos juntos el himno *Desciende Santo Espíritu*. Sin oración es imposible permanecer en una profunda actitud de disponibilidad y avanzar por el camino.

Desciende Santo Espíritu

«Mira, yo hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5). Para ver si hay algo interesante en la realidad, ante todo, es necesario mirar. Tener los ojos abiertos, tener el corazón abierto, disponible para poder recono-

1 San Agustín, *La bondad de la vejez*, 21, 26.

cer la iniciativa del Señor, como acabamos de pedir: «Desciende santo Espíritu... revélanos a Dios».

Nos reunimos de varios puntos de la geografía española: Madrid, Barcelona, Valencia, Pamplona, Tenerife, Córdoba, Murcia y alguno más que seguramente olvido. ¿A qué hemos venido? En estos días nos dejaremos guiar por la propuesta educativa de nuestro movimiento de Comunión y Liberación, que quiere ser, dentro de la gran familia de la Iglesia, «una compañía guiada al destino»². Luego leeréis la explicación de esta peculiar definición en el folleto con el esquema de lo que voy a proponeros en cada lección y los textos de apoyo. En la segunda cita se explica también mi tarea educativa hacia vosotros, tarea que me da mucho vértigo, no lo escondo, sobre todo después de leer las muchas cartas que han llegado y que os agradezco, porque me permiten partir de nuestra experiencia, de nuestro «compromiso con la vida entera, no con una parte de ella»³. Citaré algunas contribuciones, no todas; pero os aseguro que he leído todo y todo me ha ayudado. Espero que os haya ayudado también a vosotros escribirlas. En todo caso, pido poder contribuir, humildemente, a que todos demos un paso más en nuestro camino de conocimiento de nosotros mismos y de Dios. Y no lo hago solo: como veis, participan en estos ejercicios unos cuantos profesores universitarios. Algunos comparten conmigo una responsabilidad directa, otros han respondido a mi invitación para conocer la vida del CLU y afirmar la presencia del movimiento

2 Don Giussani utilizó y explicó muchas veces esta expresión. Por ejemplo, L. Giussani, *Seguros de pocas grandes cosas: (1979-1981)*, Encuentro 2014, p. 210. Aquí nos reta: «Cuando uno está en la niebla, la salvación es la compañía guiada hacia el destino, es la inmanencia en la compañía guiada hacia el destino, que es el instrumento de la salvación: el camino y la salvación. Porque la compañía en la que estamos es conciencia de ese destino (de otra forma no estaríamos juntos) y está guiada: el que tiene la responsabilidad de guiarla la tiene por ese destino, por la experiencia que ya ha vivido y le permite saber cómo se atraviesan las nubes; y los otros dan calor, la presencia de los demás da calor en el corazón. Por eso el mayor problema es la inmanencia en la compañía, y basta. Lo demás viene por sí mismo».

3 L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro 2023, p. 73.

en la universidad como una comunión que une a estudiantes y profesores. Todos nos ponemos a la escucha, tanto los que llevamos treinta o cuarenta años en el movimiento, como los que vienen por primera vez o se han adherido a nuestra invitación siendo creyentes de otras religiones o no habiéndose planteado nunca la fe, como algunos entre nosotros. Vuestra apertura es una señal potente para todos. El papa Francisco dice que «la verdadera diferencia se da entre *enamorado*s y *acostumbrados*»⁴. Pues yo lo que quiero es dejarme impactar por quienes se están enamorando.

En estos días os reto a vivir una mayor libertad y por eso os lanzo una propuesta a la altura de nuestro corazón, como desearía cualquier enamorado. Nuestro gesto (término que indica algo completo, que porta consigo un significado profundo)⁵ es exigente. Habrá momentos de silencio, cuidaremos el rezo de la liturgia y la celebración cotidiana de la Santa Misa, escucharemos música al entrar y salir (hay textos en el cuadernillo que os pueden ayudar a entender por qué hemos elegido esas piezas de música clásica) y cantaremos juntos en muchos idiomas. Esto no lo hacemos para perseguir una finalidad estética o por gusto de lo exótico, sino porque don Giussani, el fundador de Comunión y Liberación, nos ha educado en la belleza y en la apertura hacia toda expresión del corazón del hombre. Hemos escogido y preparado con esmero algunas canciones para escuchar; otras las cantaremos, guiados, tocando varios géneros, desde la música contemporánea hasta los cantos más antiguos de la gran tradición de la Iglesia, porque queremos comprobar si es verdad que «la riqueza del presente viene del pasado»⁶.

I Bet My Life (Imagine Dragons)

4 Papa Francisco, Felicitación de Navidad a la curia romana, 21 de diciembre de 2023.

5 Cf. L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro 2007, pp. 30-31.

6 L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 139.

En Comunión y Liberación ofrecemos unos encuentros periódicos que llamamos “Escuela de Comunidad”. Don Giussani afirma explícitamente que son la catequesis de nuestro movimiento, entendido como camino de profundización en el misterio de nuestra vida y de Dios⁷. En este tiempo estamos trabajando el libro *El sentido religioso* de Luigi Giussani. Acerca de este texto, él dice: «¿Por qué el libro sobre el sentido religioso lo hemos escrito nosotros y no un protestante o un budista? Porque nosotros hemos encontrado a Jesús y, mirándole y escuchándole, hemos comprendido qué es lo que había dentro de nosotros: “Quien Te conoce, se conoce a sí mismo”, decía san Agustín⁸... para conocer el sentido religioso y para desarrollarlo, hemos tenido que encontrar a alguien: sin este maestro no nos hubiéramos comprendido. Por eso, puedo decirle a Cristo “Tú eres verdaderamente yo”. “Tú eres yo” se lo puedo decir precisamente porque, al escucharle, me he comprendido a mí mismo. Mientras que quien trata de comprenderse reflexionando sobre sí mismo, se pierde en mil sendas, en mil ideas, en mil imágenes»⁹.

No queremos perdernos en mil imágenes ni reflexionar de forma abstracta sobre nosotros mismos. Todo lo que os voy a proponer, siguiendo la estela de don Giussani y de los maestros que me han educado, nace de la maravillosa sorpresa de haberme encontrado con el Señor y por tanto con la verdad de mí mismo. Pero para poder escuchar un anuncio y verificar la fe hace falta disponibilidad y atención.

Paso a resumir rápido el camino que hemos recorrido en los últimos meses, también porque hay muchos de nosotros que no han leído *El sentido religioso*. Me ha sorprendido ver la conexión entre lo que dice don Giussani y muchas contribuciones que describen lo que estamos viviendo.

7 Cf. L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe: Ejercicios espirituales de Comunión y Liberación (1985-1987)*, Encuentro 2019, p. 160.

8 San Agustín, *Soliloquia* 2,1,1.

9 L. Giussani, *La autoconciencia del cosmos*, Encuentro 2002, p.20.

1. ESE LUGAR DE MI NATURALEZA DONDE SE AFIRMA EL SIGNIFICADO DE TODO

Estamos ahondando en la naturaleza del sentido religioso: hay en nosotros (mejor, no solo en nosotros, sino en todo ser humano, en cualquier rincón del mundo, en cualquier época de la historia del mundo) un punto de nuestra humanidad donde se afirma el significado de todo. En la primera premisa leemos que hay como «una impronta interior común... un rostro interior, un “corazón” como diría la Biblia, que es igual en todos... aunque se traduzca de muy diversos modos»¹⁰. Esta *experiencia elemental* es un aspecto irreductible y concreto de mi naturaleza, aunque está claro que no es algo físico, palpable.

De hecho, la experiencia elemental es la antesala del sentido religioso, que don Giussani define como «el lugar de la naturaleza [humana] donde se afirma el significado de todo»¹¹. Ojo: no “donde se busca”, sino “donde se afirma” el significado de todo. Porque el significado de todo existe, aunque todavía no lo conozcamos. Existe y lo veo en la existencia de ciertas exigencias y evidencias que yo no me doy, pese a todas las mentiras o reducciones que pueda realizar. Si no me las doy, es que tiene que haber otra cosa que me las ha dado. La pregunta de sentido, esa pregunta que ya es huella de Otro en mí (porque algo o Alguien tiene que habérmela metido, no depende de mí o de mi historia... ¡está antes!) es inextirpable y lo razonable es mirarla, ir al fondo de ella¹². Aunque yo no lo sepa, esté distraído o lo quiera censurar, hay algo en mi naturaleza humana, un corazón que me es dado, porque «yo estoy constituido por otra cosa, aunque permanezca misteriosa en mí», como una «misteriosa y escond-

10 L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 31.

11 L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 88.

12 L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 134.

didada compañía que abraza mi soledad»¹³. La canción que acabamos de escuchar lo dice de una forma parecida: «He dicho un millón de mentiras, pero ahora digo una sola verdad / Tú estás en todo lo que hago». Este “tú”, por muy confuso que nos pueda parecer ahora –lo iremos conociendo poco a poco–, es exactamente el significado de todo lo que vivimos.

Pero resulta que soy libre, y por eso se pueden dar en mí actitudes que van en contra de la verdad, de este “Tú” que intuyo yendo al fondo de las preguntas últimas que la lealtad conmigo mismo hace aflorar. ¿Os acordáis? Los capítulos seis y siete del libro ilustran cómo se puede vaciar y reducir la pregunta: a través de la negación teórica o práctica, la indiferencia, el escepticismo cómplice, la evasión sentimental, la alienación... caemos en todas estas posturas (vuestras cartas ponen muchos ejemplos concretos) sin darnos cuenta, y parte de esta actitud es que estamos rodeados por una mentalidad que no siempre ayuda¹⁴.

Al respecto, Giussani escribía hace ya varias décadas: «¿Dónde está el error de la cultura de hoy? En que olvida [yo diría también: niega, censura, acalla, destroza] las premisas, premisas que están en la conciencia del hombre, de donde brotan a gritos las últimas preguntas»¹⁵. Esto hoy es aún más evidente, basta estar atentos a lo que nos rodea y juzgarlo con honestidad. Pero siguen estando ahí «preguntas que exigen una respuesta total, que cubra por entero el horizonte de la razón, agotando todas las “categorías de lo posible” ... Estas preguntas

13 L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 101.

14 El poeta francés Charles Péguy podía afirmar, hace más de cien años, algo que vemos con claridad en nuestros ambientes universitarios: «Por primera vez, por primera vez después de Jesús, nosotros hemos visto, con nuestros propios ojos, estamos viendo surgir un mundo nuevo, más aún, una ciudad; formarse una sociedad nueva; la sociedad moderna, el mundo moderno; constituirse un mundo, una sociedad, o al menos establecerse, (nacer y) crecer, después de Jesús, sin Jesús. Y lo que es más tremendo, amigo mío, no hay que negarlo, es que lo han logrado». Ch. Péguy, *Verónica*, Nuevo Inicio 2008, p. 166.

15 L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 114.

arraigan en el fondo de nuestro ser: son inextirpables»¹⁶. Podríamos resumirlas así: «¿Cuál es el sentido último de la vida? ¿En el fondo, de qué está hecha la realidad? ¿Por qué vale verdaderamente la pena que yo exista?»¹⁷.

La mentalidad que nos rodea está dominada por una reducción materialista, que intenta anestesiar al ser humano con sus preguntas. «Este es el supremo ideal al que tienden todas las concepciones no religiosas del hombre, sea cual sea la filosofía que las sustente»¹⁸. Narcisismo en las redes sociales, alcohol y fiesta como medio de evasión, sexualidad vivida de forma egoísta e incompleta... Pero el hombre religioso, religioso de verdad, es aquel que «vive intensamente la realidad»¹⁹ y no huye de ella. No logra censurar las preguntas que surgen de la realidad. Porque, lo queramos o no, esas preguntas están y son preciosas. A menudo están sepultadas bajo capas y capas de mundanidad, pero están. Basta rascar un poquito, o dejarnos provocar seriamente por lo que sucede a nuestro alrededor.

2. EL MISTERIO DEL MAL

Muchas veces he podido comprobar el peso que tiene en nosotros la pregunta “¿estoy bien hecho?”. A veces tendemos a no juzgar bien el camino recorrido, que ya responde a esta cuestión, pero sigo constatando que la pregunta está abierta. Uno me la planteaba así: «¿Qué significa hacer un trabajo positivo con la propia humanidad?». Como acabamos de ver hablando de nuestra exigencia de felicidad, nuestra humildad es positiva, es algo bello y luminoso, pero todos tenemos que hacer cuentas con la presencia del mal.

16 L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 88.

17 L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 87.

18 L. Giussani, *El sentido religioso*, pp. 80 y 115.

19 L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 179.

- En primer lugar, está el mal del mundo. Ese mal que está fuera de nosotros y nos rodea. No siempre somos conscientes de su gravedad. Por ejemplo, ya nos hemos insensibilizado ante lo que está pasando en Ucrania o en Palestina. Nos da bastante igual, ¿verdad? Una noticia más de las que leemos por la mañana mientras vamos a la universidad. Miles de kilómetros de distancia hacen que nuestra conciencia, después del primer impacto, ya no sea vea afectada. El incendio de ayer en Valencia nos ha dejado a todos boquiabiertos y llenos de preguntas: ¿y si hubiese estado yo en ese bloque? ¿Qué significa morir así? Pero, como me contaba uno de vosotros, ya sabemos que al cabo de unos días todo esto irá gradualmente perdiendo su importancia para nosotros.
- Está el daño que recibimos de los amigos o de relaciones que nos traicionan profundamente. Muchos de vosotros me han escrito sobre esto hablando de la expectativa que encuentra en nuestra compañía. «El año pasado, constantemente me salía enfadarme ante lo que se decía en Escuela. Hablaban de una compañía que podía llegar al fondo de todo, romper esas parcelas que tendemos a montarnos...». Pero a menudo llega la decepción: «no siento que CL sea mi sitio y no me siento acompañada», me escribía tajante otra persona ante mi invitación a los ejercicios. Encontrarse con personas que hablan de amistad, compañía hacia el destino, y luego se sienten solas (sea cual sea la causa) es una experiencia que nos ha tocado a muchos. Cuando la decepción llega de personas especialmente queridas, o que me hablan de Cristo, la herida es especialmente profunda, se une al escándalo y provoca rechazo. No olvidemos que también Cristo ha vivido la experiencia de la traición del amigo. Como dice el salmo 41, que leemos la noche del Jueves Santo, «hasta el amigo íntimo en quien yo confiaba, mi compañero de mesa, me ha traicionado» (Sal 41, 10).

- En este sentido, no quiero dejar de mencionar la experiencia de descubrir los errores de quienes nos educan o nos han educado: descubrir el mal en nuestros padres (no solo biológicos), en quienes nos han educado, descubrir que no son perfectos, perdonarlos y caminar con este mal es una necesidad y un punto de inflexión inevitable para llegar a la vida adulta. Volveremos mañana sobre eso.
- Pero a veces el mal que está fuera de nosotros empieza a tocarnos más de cerca. Un amigo que se quita la vida ha generado entre nosotros un sinfín de dolor, delante del cual es difícil encontrar respuestas adecuadas. O la enfermedad de una persona querida, que puede llegar a la muerte, como nos ha pasado a algunos.

Incluso los que afirmamos vivir de Cristo estamos desarmados y nos vemos zarandeados por la reducción materialista o nihilista que el mundo nos propone y que muestra toda su insuficiencia para responder al problema del mal.

¿Por qué mi amigo se ha quitado la vida? ¿Por qué hay divisiones en nuestro grupo de amigos? ¿Por qué tengo esta enfermedad? ¿Por qué, aunque quiero tratar a mi novia o a mi novio como un regalo, acabamos estando juntos dejándonos llevar por la instintividad?

Sin dejar de lado la cuestión del mal fuera de nosotros que tanto nos afecta, ahora me quiero centrar sobre todo en el misterio del mal en nosotros para poder hacer ese trabajo positivo con nuestra humanidad que he mencionado antes. Para ayudarnos, escuchemos una canción que Adriana Mascagni escribió al poco tiempo de empezar su camino con nuestra compañía: un reconocimiento inmediato y sincero de su fragilidad.

Non son sincera (Adriana Mascagni)

Hay en nosotros una extraña contradicción: deseamos la felicidad, pero muchas decisiones que tomamos parecen ir en contra de lo que el corazón anhela: nos matamos a nosotros mismos.

San Pablo describía así esta contradicción misteriosa y casi (subrayo el “casi”) inevitable: «No hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero... descubro en mí que, aunque quiera hacer el bien, es el mal el que me sale al encuentro» (cf. Rom 7, 18-23). Este reconocimiento no es cuestión de fe. Hasta Ovidio, que es un autor pagano, lo reconoce: «Veo lo mejor, y sin embargo elijo lo peor»²⁰. La Iglesia llama “pecado original” a esta herida previa a nuestra decisión, misteriosa en su origen, que empuja nuestra humanidad –no nos obliga, sino que nos empuja– a no elegir el bien que reconoce. Es una herida que no depende de nosotros. La canción lo expresaba con agudeza: «El mal que cometo no es mi mal, soy más mísero de lo que creía»²¹. Ojalá podamos profundizar más en la enseñanza de la Iglesia sobre el mal que hiere la naturaleza del hombre y que, afectando a la libertad, desemboca en pecado (una ofensa contra Dios). Pero el pecado es un atentado también contra el bien que es nuestra vida, tal y como Dios la ha pensado²². No estamos preparados para estar ante el mal en parte porque no sabemos qué enseña la Iglesia acerca de él, no lo sabemos ni nos preocupamos de saberlo. Ahora no me detengo por motivos de tiempo en todos sus aspectos (el mal como ser personal, por ejemplo), pero podréis leer la síntesis de todo esto en esa gran herramienta que es el *Catecismo de la Iglesia Católica* y que encontráis gratis en internet.

Me limito a subrayar la vertiente existencial que el mal nos obliga a mirar. Uno de vosotros me ha escrito: «Me da la impresión de que cuando pecho, toda la familiaridad que he ido ganando estos meses con Cristo se esfuma... no sé mirar el pecado y no me sé mirar en el

20 Ovidio, *Metamorphosis*, VII.

21 A. Mascagni, *Non son sincera*.

22 Cf. Catecismo Iglesia Católica, nn. 1849-1850.

pecado». Otro es aún más directo: «¿Conocer a Cristo pasa también por el mal?». Preguntamos estas cosas porque nos interesa ver nuestra vida unida, sin censurar ninguna parte de ella. No podemos, pues, decir que es necesario cometer o sufrir el mal para conocer a Cristo, pero nuestra experiencia sí que afirma que nada es obstáculo para conocer la felicidad, ni siquiera el pecado. Ese gran enamorado de su humanidad y del Señor que fue san Agustín afirma de forma más o menos implícita, relejendo su historia: «feliz mi culpa, que me ha permitido conocer a Cristo». ¡Pero está claro que Dios no quiere que nos distanciamos de él, no aprueba el mal! Eso sí, utiliza todo para nuestra maduración, incluso el pecado, si aceptamos caminar con él.

3. EL ÍDOLO

Pero antes de ver cómo caminar con el mal, tenemos que admitir que este empieza cuando nos resistimos a la verdad, no nos abrimos a la búsqueda o la acogida de esa verdad que viene de fuera y es más grande que nosotros. Sin darnos cuenta, encerramos la verdad en nuestras ideas: es una sutil idolatría. De hecho, la tradición de la Iglesia habla a menudo del pecado original como de una idolatría, «la pretensión de identificar el significado total con al algo que el hombre comprende»²³. Comprender no tanto en sentido intelectual, sino de hecho. Algo a lo que me aferro y que hago mío sin darme cuenta.

El ídolo es la negación de una verdad mayor que yo, ante la cual debería arrodillarme; es la pretensión de que un particular elegido por mí sea el significado de todo. Insisto: ¡la idolatría es muy sutil, casi siempre se da sin que nos demos cuenta! Por eso, podemos incluso tratar como ídolo a nuestros amigos, de los que pretendemos que sacien nuestra necesidad como nosotros hemos decidido de antemano.

23 L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 223.

En las relaciones afectivas, el ídolo es el placer que me das y no la totalidad de lo que tu corazón es.

En la lectura de mi historia, el ídolo es el error que he cometido y que no acepto que sea abrazado por Otro.

El ídolo es lo que decido de antemano sobre ti, olvidando que tú eres mucho más de lo que yo pueda entender de ti y que el misterio que encierras es un hermoso pozo sin fondo.

El ídolo puede ser nuestro proyecto de vida, el máster o el doctorado que anhelamos sin tener en cuenta otra cosa que el éxito mundano (¡cuántos de vosotros me han dicho que la razón que les empujó a empezar una determinada carrera era el dinero que podían ganar o las salidas laborales!).

El ídolo es egocentrismo violento, porque acabo teniendo que defender mi postura sobre los demás sin abrirme a la corrección. Esta postura nos hace tristes e infecundos, obligándonos a buscar culpables fuera de nosotros... o encerrándonos en nosotros mismos y culpabilizándonos.

¡Me llama la atención el punto de partida negativo, o incluso cínico y resignado, que muchas veces nos caracteriza! Es una sospecha sobre la bondad de lo que vivo y se me propone: el estudio, los compañeros de clase, los demás del CLU, la propuesta de la Iglesia sobre el afecto y la sexualidad... hay como un escepticismo de partida, un halo de desconfianza hacia la realidad que parece típico de nuestra generación, donde yo soy el único criterio: me idolatro a mí mismo, y lo peor es que no me doy cuenta. Soy mi ídolo, pero esto no me da ni paz ni alegría.

¿Hay esperanza? Sin duda. Vuestras cartas testimonian también, una y otra vez, que el deseo del bien y la verdad, ese deseo que nos empuja a la autenticidad incluso cuando estamos inmersos en el fango, es más fuerte que el mal. «Las cosas me duelen más que antes. Sin embargo, que se me haya manifestado este deseo grande de vivir por y para Cristo está siendo un regalo». Es una sensación agrídulce y

aparentemente contradictoria. «Sé que el Señor ha actuado en mi vida cuando he cometido el mal... a través del sacramento de la confesión, que poco a poco estoy aprendiendo a conocer, he visto cómo el mal puede convertirse en bien inesperado. Sin embargo, me niego a pensar que tengo que hacer el mal para que entre el Señor en mi vida».

Aquí quería llegar: podemos hacer el mal, pero no estamos mal hechos. Hay una gran diferencia, y la experiencia lo demuestra. Podemos ver y vivir el mal, incluso llegar a aprobarlo conscientemente, pero no estamos mal hechos.

4. LÍMITE Y MAL, CAPACIDAD E INCAPACIDAD

Antes de la lección que os voy a proponer mañana creo que es importante aclarar la diferencia entre límite y mal. Son dos realidades muy unidas entre sí, como cuenta uno de vosotros. «La disonancia entre el deseo que tengo y mi propio límite abre el horizonte a una relación íntima con Uno que me hace así para conocerle como un gesto verdaderamente libre, gratuito y de amor. Es entonces cuando puede dejar de resultar escandaloso mirar mi límite, el límite del otro, el pecado, e incluso el dolor, el sufrimiento y la muerte (como hemos visto con Carras en este tiempo)». El límite y el mal son realidades parecidas, pero no coinciden.

Ante todo, tenemos que aceptar que no somos Dios. Aquí todos tenemos límites, más o menos evidentes, porque somos humanos, seres finitos. Están los límites físicos, ya que no podemos estar en muchos sitios a la vez, ni podemos volar porque la naturaleza humana nos ha brindado otras cualidades, pero esta no. También está el límite espiritual o intelectual: yo veo con claridad que no logro expresarme como quisiera, a veces la confusión que tengo me impide llegar a los demás como me gustaría... el tiempo es el que es, mi salud es la que es. Son límites, pero no tienen por qué ser un mal. Aceptar mi límite con paz me hace consciente de que yo necesito a los demás, que yo no me doy

la vida por mí mismo. Es el primer paso para salir de esa idolatría egocéntrica de la que hemos hablado. De hecho, como dice la carta que acabo de leer, esa disonancia entre mi deseo y el verme limitado me abre, ensalza mi libertad. ¡Aprendamos a mirar nuestros límites con ternura, tendremos que convivir con ellos toda la vida!

Esto tiene que ver con el tema de capacidad / incapacidad, que también tenemos que aclarar de cara al camino de mañana. «Me veo incapaz de reconocer a Cristo», «soy incapaz de seguir como me gustaría y me frustra»... Estas y muchas más frases se asoman una y otra vez en vuestras contribuciones. Que no nos extrañe: vivimos en un mundo competitivo y lleno de chantajes más o menos conscientes. Por eso nos comparamos tanto con los demás, incluso entre nosotros. El mundo nos “clasifica” y caemos en esta trampa: nos cuelan que tenemos que ser como los *influencers*, como los que visten de una determinada forma, compran un determinado coche o ganan lo que otros deciden que es correcto. Esta mentalidad mundana llega a tocar todos los ámbitos de nuestra vida hasta decepcionarnos. «Sigo la propuesta del movimiento y el atractivo que veo en mis amigos con pasión y sinceridad, pero me veo incapaz». Ojo con este “me veo”. Fijaos, cuando perdemos el tiempo deteniéndonos en nuestra incapacidad, nos miramos el ombligo, falta siempre un punto fuera de nosotros. Y además, nos culpamos de algo que en el fondo nadie nos ha pedido. ¿En qué momento Jesús pide a los apóstoles un certificado de capacidad? ¿En qué momento valora su currículum? ¿Si empezó con pescadores que no sabían ni leer ni escribir! No entrega su mensaje de salvación a sabios filósofos o poderosos emperadores. Todo lo contrario: entrega las llaves de su Iglesia al peor entre ellos, al que le traiciona con más gravedad, a Pedro, un hombre manifiestamente lleno de defectos y grosero. Vincula el éxito de su misión –la misión más importante de la historia– a un hombre generoso y decidido, pero extremadamente frágil, al menos como tú y yo. Reflexionemos más a menudo en esta decisión desconcertante y aparentemente ilógica, porque este es el método de Dios.

A la hora de hablar de nuestra relación con el Señor, deberíamos desterrar de nuestro vocabulario el concepto de capacidad. Si fuéramos capaces de llegar a Dios con nuestras fuerzas, ¿de qué nos serviría la encarnación del Hijo de Dios? El Señor podía ahorrarse la molestia y quedarse cómodo en el Cielo, en vez de hacerse carne y habitar entre nosotros. Rezamos el Ángelus cada día justo para caer en la cuenta de que ha sido Él quien ha tomado la iniciativa. No decimos «el Verbo se hizo carne porque nos lo merecemos», sino: «El Verbo se hizo carne» (Jn 1, 14).

En la invitación a estos ejercicios citaba una parte del texto de Francesco Ferrari titulado *La verificación de la fe* que estuvimos trabajando en el mes de noviembre: «La verificación de la fe consiste en verificar si, teniendo confianza, fe, en el anuncio de Cristo que se me hace, mi vida cambia, *toda mi vida cambia*. No *si soy capaz de cambiar*, sino si mi fe (la Presencia que reconozco), mi confianza en Él hace nueva la vida, si mi vida empieza a respirar por esa excepcionalidad que he visto, si empiezo a experimentar en mí, en todos los continentes de mi vida, la victoria de Cristo presente»²⁴. Resuenan en mí las palabras que Albert Camus escribe en sus *Cuadernos*, a menudo evocadas por don Giussani: «No es a través de los escrúpulos como el hombre llegará a ser grande. La grandeza viene por gracia de Dios, como un bello día»²⁵.

5. LA REALIDAD ES JUSTA Y AMOROSA

Nada puede impedir que entre un factor nuevo, inesperado. Aunque hayamos tocado fondo o nos veamos en este mismo instante envueltos en una gran pobreza interior, en la aridez y el pecado.

24 Síntesis publicada en la [web de CL](#).

25 Cf L. Giussani, *L'avvenimento cristiano*, Milán 2003, pp. 31-33.

Me ha llegado un testimonio precioso. «Tras una serie de dificultades que hemos tenido que afrontar este año en nuestro grupo de amigos [sé de qué está hablando y os puedo asegurar que son circunstancias extremadamente graves y dolorosas], a raíz de nuestra verificación de la fe, situaciones de dolor y fatiga se han convertido en ocasiones para crecer en la amistad entre nosotros y con Él. Crecer en la conciencia de que, si lo vivo todo con y para Cristo, todo es para mí, hasta el dolor y el mal de mis amigos, porque me hacen buscarle y acercarme más a Él. Cristo ha hecho nueva también mi relación con el CLU, que ha pasado de ser un lugar hostil e incómodo a ser una segunda casa. Ha sido fruto de un camino por mi parte de petición, de sencillez, de dejarme sorprender y de aprender a fiarme». Por tanto, hay un camino. Este amigo ya adelanta algunos aspectos clave en los que profundizaremos mañana: petición, sencillez, asombro y confianza.

Quiero terminar con una observación muy aguda de Lewis: «En cierto sentido, el cristianismo “crea” más que resuelve el problema del dolor [si no hubiéramos encontrado algo distinto, viviríamos anestesiados o desesperados ante el dolor]... el dolor no sería problema si, junto con nuestra experiencia diaria de un mundo doloroso, no hubiéramos recibido una garantía suficiente de que la realidad última es justa y amorosa»²⁶. Para nosotros, los cristianos, el dolor, el mal, la incapacidad, el límite no son un obstáculo. Es más: haber vislumbrado una posibilidad de respuesta, llena de luz, hace aflorar todo, incluso el dolor, sin censurarlo, y nos permite encontrar esta garantía suficiente de que la realidad última es justa y amorosa porque Dios, como veremos mañana, ha salido a nuestro encuentro.

Después de la misa: el valor del silencio

Todo lo que hacemos, escuchamos e intentaremos decir estos días tiene un sentido: favorecer el camino de cada uno de nosotros. Uno

26 C. S. Lewis, *El problema del dolor*, Rialp 2016, pp. 17-18.

de los aspectos más importantes es el silencio y, por la experiencia de estos dos años con vosotros, puedo afirmar que es también el más difícil. Es una indicación que os doy con autoridad. Si rompéis el silencio, tenéis que darme razones más adecuadas de las que yo os propongo ahora. Cuando rompemos el silencio no lo hacemos por maldad o desobediencia, lo hacemos sencillamente por superficialidad, no hay juicio. Y por el deseo y el afecto a vuestro destino que llevo en mi corazón, esto no me deja tranquilo.

El silencio nos hace valorar la palabra escuchada y pronunciada. Os aseguro que, si nos tomamos en serio esta indicación, será más fácil que las cosas que escuchamos puedan echar raíces y por tanto nuestras conversaciones en el desayuno, la comida y la cena se verán beneficiadas sobre manera. El silencio no es un tiempo vacío, indiferente: todo lo contrario. Nosotros huimos del silencio en nuestra vida porque sabemos que, cuando lo hacemos (no solo *estamos en silencio*, sino *hacemos silencio*) afloran los recuerdos, las preguntas, las molestias. Por eso llenamos nuestra vida de ruido, no solo físico, sino también mental.

Ayudémonos a vivir el silencio entre nosotros. No es moralismo, no es ser cansinos. Es verdadera amistad, porque sin silencio será imposible abrazar la vida nueva que tanto deseamos.

Cerramos esta intensa jornada rezando el *Memorare*, la oración de san Bernardo a la Virgen que tenéis en las tarjetitas. Está en latín, puede parecer un poco difícil, pero así entramos en la gran tradición de la Iglesia y nos dirigimos a la Virgen con palabras que han educado a generaciones y generaciones de cristianos. Al terminar el *Memorare*, empezamos el silencio, que romperemos al despertarnos. Esto significa que salimos de aquí en silencio, vamos a la habitación en silencio, no hablamos tampoco en la habitación ni en los pasillos, a no ser que sea extremadamente necesario. Os pido este sacrificio. Mañana ya podremos saludar a los amigos que hace tiempo que no vemos en el desayuno.

PRIMERA LECCIÓN

Anoche estuvimos mirando a la cara la existencia del mal, dejando abierta una pregunta: ¿es posible estar delante del él y llegar a la certeza de que la vida es grande y buena? Este es el fruto de la fe que, según las palabras del libro del Apocalipsis que hemos elegido como lema, «hace nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5), incluso aquellas que nos cuestan o que parecen no poder aportar nada.

Nos asomamos a un tema vasto como un océano: la fe. Es suficiente leer vuestras cartas y todas las preguntas que plantean para darnos cuenta de que nunca lograremos agotar este tema. ¡Mejor! Hoy os propongo sencillamente algunos puntos de reflexión para el trabajo personal y comunitario que nos espera. Pero tardaremos una vida entera en entender qué es la fe. Es más, nunca lograremos entenderlo del todo, porque se trata de una experiencia que involucra la razón, el afecto y cada suceso de nuestra vida. La razón y el afecto se mueven, no están quietos, y en cada momento de nuestra existencia se van añadiendo retos que nos hacen plantearnos otra vez nuestra relación con el Señor.

Se trata de una aventura bellísima, porque cuando caminamos, empezamos a entender, y sin embargo siempre hay más. En cada instante del camino ya tenemos lo que buscamos, y al mismo tiempo, ¡queda mucho más por descubrir!

**UNA PREMISA: EL SEDIENTO SE ALEGRA CUANDO BEBE,
NO CUANDO AGOTA LA FUENTE**

Una premisa indispensable: la fe no es un objeto. Ni se mide (“tengo mucha fe... ese tiene poca fe...”) ni se posee en el sentido más ma-

terial del término (“antes tenía fe, ahora ya no...”). Quizá nos puede ayudar una metáfora que utiliza un santo del siglo IV, que compara a Cristo con una fuente de agua, y nuestro deseo de respuesta, que es la fe, con el acto de beber. Dice san Efrén: «Como el sediento que bebe de la fuente, mucho más es lo que dejamos que lo que tomamos... Alégrate por lo que has alcanzado, sin entristecerte por lo que te queda por alcanzar. El sediento se alegra cuando bebe y no se entristece al darse cuenta de que no puede agotar la fuente. La fuente ha de vencer tu sed, pero tu sed no ha de vencer la fuente, porque si tu sed queda saciada, sin que se agote la fuente, cuando vuelvas a tener sed, podrás de nuevo beber de ella; en cambio, si al saciarse tu sed, se secura también la fuente, tu victoria será tu derrota»²⁷. La experiencia del conocimiento de Cristo es una sorpresa continua y siempre nueva, en cada instante. Nuestra salvación y nuestra alegría está en que la fuente sigue manando agua porque es más grande que nosotros. ¡Si agotáramos la fuente estaríamos perdidos! Cristo es un descubrimiento inagotable porque «sigue siendo el mismo [*ayer, hoy y siempre*: Heb 13, 8] y, sin embargo, siempre parece sorprendente nuevo»²⁸.

De hecho, nosotros no “poseemos” la fe, sino todo lo contrario. Dice Benedicto XVI: «Nosotros no la poseemos, sino que somos afeerrados por ella. Solo permanecemos en la verdad si nos dejamos guiar y mover por ella»²⁹. Anoche recordábamos el adjetivo que describe la naturaleza de las preguntas que llevamos dentro: son “inextirpables” porque, en el dinamismo de la fe, la pregunta permanece incluso después de encontrar la respuesta. Beber no impide que vuelvas a tener sed: la nuestra es una sed siempre renovada y satisfecha. Esto no significa que la respuesta no sea definitiva y totalizante, sino más bien que Dios, al desvelarse como respuesta, exalta lo que deseamos y necesitamos, sin aniquilar las preguntas. Es más, Giussani ha dicho mil

27 San Efrén, *Diatésaron*, 1, 18-19.

28 E. Varden, *Castidad*, Encuentro 2023, p. 143.

29 Benedicto XVI, homilía, 2 de septiembre de 2012.

veces que podemos entender mejor las preguntas porque nos hemos topado con la respuesta³⁰. ¡Es Cristo quien nos desvela nuestra humanidad, y no viceversa! Cristo responde, pero al responderte no te quita la necesidad de Él. Le da un significado. Cuando termine nuestra vida lo contemplaremos cara a cara, completamente (cf. 1Cor 13, 12). Mientras tanto, el camino llega a la certeza y la certeza nos vuelve a poner en camino. Hay puntos de no retorno, que se graban en nuestra vida y en nuestra memoria, y que relanzan el camino, haciéndonos volver a empezar siempre.

Con esta premisa, os invito a seguirme esta mañana acogiendo sin prejuicios el itinerario que os voy a ofrecer. A medida que nos acercamos a la verdad, crece el deseo de conocerla más, ¿no es así? Pues vamos a acercarnos juntos.

Entre a mi pago sin golpear (Soledad)

1. EL MÉTODO DE LA FE: CONOCIMIENTO INDIRECTO

«¿Es posible conocer a Cristo de forma que podamos apoyar sobre él toda nuestra vida? Cada vez me interesa menos todo aquello que no tenga que ver con esto. Hemos trabajado la verificación de la fe, hemos hablado de Cristo. ¿Pero realmente le conocemos más? ¿Qué significa tener certeza en Cristo?». Estas preguntas que me ha mandado uno de vosotros nos invitan a hablar del método de la fe.

El método de la fe es el de un conocimiento indirecto. ¿Por qué indirecto? Porque me llega mediado, o sea, a través de otra persona de la que yo me fío. Esta persona se llama testigo.

Acabo de encontrarme con Carmen subiendo las escaleras para llegar al salón. Le pregunto por Manu. Es un amigo común, pero yo hace cuatro años que no le veo. Me dice que ha dejado la carrera y

30 Por ejemplo: L. Giussani, *La autoconciencia del cosmos*, Encuentro 2002, p. 20.

ahora está opositando para Guardia Civil ¿Tengo que creerla? En principio, ni me planteo esta duda, porque tengo razones adecuadas: Carmen nunca me ha engañado, goza del afecto de todos y todos hemos comprobado, en otras ocasiones, que sabe lo que dice. No le gustan las bromas, y en todo caso no parecía estar bromeando. Es razonable creerla.

Pongamos que ahora nos vamos a comer, y antes de entrar al comedor me para María. Empezamos a hablar de nuestros amigos, cuando de repente me pregunta: ¿sabes algo de Manu? ¡Claro que sí!, le respondo sin dudar: ha dejado la carrera.

¿Es razonable que María se fie de mí? Desde luego. María tiene ahora conocimiento de que Manu ha dejado la carrera, pero no ha llegado a este conocimiento directamente, ni por sí misma, ni por mí. Porque yo también me he enterado de todo esto a través de otra persona, en este caso de Carmen. Por tanto, el mío y el de María es un conocimiento verdadero, aunque indirecto. Es un conocimiento indirecto a través de un testigo que nos hace llegar a una “certeza moral” acerca de Manu.

¿Os acordáis en el capítulo segundo de *El sentido religioso*, cuando don Giussani habla de los distintos métodos de la razón: el matemático, el científico, el filosófico y el que nos hace llegar a certezas morales? La fe utiliza este cuarto método de la razón: la certeza moral³¹.

Nosotros, lamentablemente, somos herederos de una educación que, la mayoría de las veces, nos ha inculcado que solo existe aquello que palpamos o conocemos directamente: somos positivistas, reducimos la razón a la ciencia, la técnica o la matemática. El positivismo es una postura que afirma que solo se puede verificar aquello que tenemos sensiblemente entre manos. Pero, si así fuera, ninguno de nosotros habría desayunado esta mañana. ¿Quién ha analizado esta mañana el Colacao para comprobar que no tuviera mercurio? Nin-

31 Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 47.

guno de nosotros cogería el metro para ir a la universidad, no vaya a ser que el conductor nunca se haya sacado el carnet y nos estuviera engañando a todos. ¿Es razonable fiarse? Sí, desde luego. Porque «la fe, en primer lugar, no es solo aplicable a temas religiosos, sino que es una forma natural de conocimiento»³². Por eso la fe es un método que utilizamos a diario decenas de veces sin darnos cuenta. Lo utilizamos cuando nos subimos a un ascensor, cuando compramos en el Mercadona, cuando estudiamos... De hecho, «eliminad el conocimiento por mediación y tendréis que eliminar toda la cultura humana, toda, porque toda la cultura humana se basa en el hecho de que unos empiezan a partir de lo que otros han descubierto y así avanzan»³³. Es razonable vivir así, porque «la razón es algo vivo que, por eso mismo, tiene su propio método, desarrolla un dinamismo característico para conocer cada objeto [por ejemplo, si el objeto de nuestra investigación fuese encontrar una terapia para un determinado tipo de cáncer, el método cambiaría: el método lo impone el objeto]. Tiene también un dinamismo para conocer cosas que no ve directamente o que no puede ver directamente; las puede conocer a través del testimonio de otros: es el conocimiento indirecto por mediación»³⁴.

Atención, porque un conocimiento indirecto no es menos “válido” que uno directo. ¡Todo lo contrario! El método de la fe es el que más exalta la razón. Y al utilizar la razón con todo su potencial, el hombre es más hombre. Por tanto, hay una profunda diferencia entre razonabilidad (usar bien la razón) y racionalismo (usarla mal, reducirla). «En ningún caso se pone en juego tan a fondo la razón, de un modo tan vivo y poderoso, como en el método de la fe... [en este caso] la razón se compromete de un modo mucho más rico y poderoso que en todos los demás métodos de conocimiento, porque los demás méto-

32 L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, p. 29. Estoy resumiendo el recorrido de las pp. 25-70.

33 L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, p. 30.

34 L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, p. 30.

dos son parciales»³⁵: la química, la música... son conocimientos importantes (y que en cierto sentido dependen de la fe, de una confianza porque el oncólogo se fía de todas las publicaciones que le preceden, ¿no?). Pero la fe, vivida en plenitud (cuando el objeto que está en juego es nuestro destino), nos permite tocar lo esencial, lo que nos hace ser hombres, las preguntas de las que hablamos anoche y que llenan vuestras cartas. ¿La química o la arquitectura –sin quitar nada a los que estudiáis estas asignaturas– os permiten estar delante de un tumor cerebral como hizo Carras? ¿Os ayudan a vivir en plenitud un enamoramiento no correspondido? ¿Me dan fuerza para abrazar la vocación pese a mis errores y pecados?

A medida que avanza la vida, yo me veo cada vez menos escéptico y cada vez más confiado, y por tanto, cada vez con más certezas. ¡Vivir así es fascinante! En quienes no tienen fe veo el resultado opuesto, y me da mucha pena, porque sin certezas morales no se construye nada que dure. Por eso necesitamos seguir, necesitamos testigos a los que mirar con disponibilidad y afecto, porque «seguir no es una actitud pasiva... Seguir coincide con amar, puesto que es justamente afirmar a otro como a uno mismo»³⁶.

2. SEGUIR A UN TESTIGO

«Confiar en la palabra de otro es, esencialmente, el significado de la palabra “fe”»³⁷. ¿Qué condiciones tiene que cumplir ese “otro” que llamamos testigo?

- a) Ante todo, tiene que saber lo que dice. Parece una observación obvia, pero no lo es en absoluto, sobre todo cuando necesitamos

35 L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, p. 33.

36 L. Giussani, *El rostro del hombre: Las dimensiones reales de nuestro yo*, Encuentro, 1996, pp. 127-128.

37 I. Illich, *Pervertimiento del cristianesimo*, Quodlibet 2012, p. 18.

avanzar en el conocimiento de Dios. ¡Cuántas veces utilizamos otros criterios! Por ejemplo, asumimos lo que nos presentan ciertos profesores en clase que no saben nada del cristianismo y ni lo sometemos a juicio.

b) En segundo lugar, es necesario que no me quiera engañar. Aquí volvemos al misterio del mal del que hablamos anoche. Está claro que para saber que alguien no me quiere engañar hace falta apostar. Es un riesgo que hay que asumir, procurando leer todos los signos que tenemos delante. Por tanto, para que afloren signos adecuados, es necesaria la convivencia: como siempre decimos, hay que empezar a seguir. Si uno tira la toalla al poco tiempo de empezar, no hay seguimiento y nunca tendrá signos suficientes que valorar.

Pongo algunos ejemplos de signos que me hacen llegar a la certeza moral de que la persona que tengo delante no me quiere engañar³⁸:

- Si la persona que tengo delante me trasmite una concepción de la vida y de su destino que se apoya por entero en las exigencias originales del corazón.
- Si me habla sin perseguir intereses personales o de conveniencia, sino que lo hace con gratuidad.
- Si la persona que tengo delante, a su vez, sigue. Es decir, si no remite a sí misma, sino que sigue. Y recorriendo la cadena del seguimiento, me remite a Cristo³⁹. Esto es importante, porque si no dejaría de ser verdadero seguimiento cristiano

38 Cf. L. Giussani, *¿Se puede (verdaderamente) vivir así?*, Encuentro 2023, pp. 216-218.

39 En el capítulo cuarto de *El sentido religioso* se habla en términos parecidos del compromiso con la tradición, que es como «una hipótesis de trabajo con la que la naturaleza nos pone a operar en la gran cantera de la vida y de la historia... [por eso podemos hablar de una] urgencia de ser leales con la tradición [con lo que hemos recibido, porque la tradición es lo que nos han enseñado en el colegio, lo que vimos en un campamento de Peguerinos o de Picos de Europa, la fe sencilla pero no por eso sin razones de nuestros abuelos, del sacerdote que nos ha educado...]. Lo exige el compromiso global con la existencia»: L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 74-75.

y se convertiría en idolatría, como decíamos anoche. Y el testigo no puede ser un ídolo.

- El signo más potente: si me ayuda. Pero no “si me soluciona el problema”, sino que me ayuda a ser más yo, también a vivir el sacrificio y las dudas.

Añado dos observaciones que me parecen decisivas:

- a) Seguir a un testigo así es razonable, aunque me escandalice su forma de ser, tenga defectos o no sea como yo lo esperaba. Es más: si lo que nos testimonia tiene que ver con la Verdad, los defectos del testigo –junto con la evidencia de que tiene razón– harán más evidente que es portador de algo más grande. Si te regalan una caja de bombones feísima donde pone “Los bombones más ricos del mundo”, tú abres la caja y pruebas el primer bombón, ¿no es así? Que la caja sea fea no significa que dentro no haya bombones ricos, ¿no? Los bombones siempre necesitan una caja, el testigo siempre es necesario, pero el término último no es el testigo, sino la verdad a la que remite y que supera con creces al testigo.
- b) El seguimiento tampoco tiene por qué ser emocionante, y esto es especialmente importante cuando el testigo se convierte en autoridad. Cuando encontré el movimiento, el responsable de mi comunidad era una persona nada atractiva. La verdad es que a mí me gustaba bastante: congeniaba con su forma de ser y su temperamento, con su ironía, con su forma de decir las cosas... pero muchos otros no lo aguantaban. De hecho, algunos dejaron de caminar con nosotros, utilizando también esta justificación (que no les gustaban las formas que tenía ese responsable), aunque estoy convencido de que había muchos más factores: esa excusa era la más cómoda y rápida. A mí me daba mucha pena, porque yo no tenía ese problema con él. Pero luego me

ha tocado a mí muchas veces en la vida. He tenido que seguir a personas que no me fascinaban, pero que decían cosas que me permitían caminar.

Don Giussani subrayó a menudo la importancia de seguir a un testigo para entender: es algo que ya se da en nuestra vida, sin que nos demos cuenta. «La naturaleza, para educarnos, pone a un ser en manos de su madre y esta, más o menos al mes de nacer, empieza a decirle: “mamá, papá”. El niño comienza a ver con curiosidad, quizá con espanto, esa boca que se mueve arriba y abajo. Pero al final, en un momento dado se pone a decir “mamá” sin comprender lo que significa esa palabra. Esta es la regla de la naturaleza: meternos en la realidad antes de que seamos capaces de comprenderla. La comprendemos adhiriéndonos a ella. Así pues, para comprender es necesario seguir»⁴⁰. Sin seguir, nunca llegaremos a la madurez, porque si solo tenemos criterios sentimentales e individualistas, nunca daremos pasos definitivos en la vida.

E poi vieni dietro a me (Antonio Anastasio)

3. LA BELLEZA DEL SÍ

Hasta ahora hemos hablado de la fe en términos naturales, como confianza. Pero la fe, cuando tiene como objeto un hecho revolucionario que pretende cambiar la historia, un hombre que proclama ser el Hijo de Dios, la Verdad hecha carne, desvela todo su potencial. Vamos a dar este paso.

Está claro que seguir no siempre es inmediato, porque implica jugársela. La canción que acabamos de cantar interpreta poéticamente los pensamientos que se agitaban en el corazón de Cristo cuando se

40 L. Giussani, Llevar la esperanza: *Primeros escritos*, Encuentro 1998, p. 73.

encontró con ese muchacho al que llamamos “el joven rico” y que no se decide a seguirle (Cf. Mc 10, 21). «Si estás triste, es porque esperas solo lo que a ti te apetece. Te chantajea tus sueños, de los que eres cada vez más esclavo. Observa los lirios del campo, vestidos como reyes [observa todos los signos, reconoce que la realidad es dada]. Lo único que te falta es seguirme». ¡Qué delicadeza, qué respeto, qué pasión más grande por la felicidad de ese testarudo muchacho! Cristo siempre se pone como centro afectivo de aquellos que se encuentran con Él. Pero a la vez Él aclara que es testigo del Padre: «quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14, 8). Cuando Cristo le pide al joven rico que le siga, en el fondo, lo está insertando en una historia más grande, de la que Él es protagonista y testigo. Y quiere que el joven sea, a su vez, protagonista y testigo para otros.

Nos detenemos un instante en la historia del joven rico y nos dejamos interrogar por su “no”. Él no sigue a Cristo porque no quiere renunciar a su imagen de felicidad. No acepta depender de algo tan aparentemente frágil como el hombre que tiene delante, que le promete una felicidad sin límite. Pero el “no” del joven rico no es razonable. Dice Giussani: «Entre la opción por el “no” y la opción por el “sí”, ¿cuál corresponde más al origen, a *todos los factores* de nuestra estructura?»⁴¹. Es decir: si quiero ser serio conmigo mismo, «indudablemente la [opción] que mejor corresponde, la que es conforme a la experiencia [¡ojo! ¡A la experiencia, a la vida juzgada!] es la hipótesis de que la realidad está hecha por Otro... el “no” es una opción trágica y triste»⁴². Por tanto «la única postura razonable [de la razón! No del sentimiento, sino de la razón, de la conciencia de la realidad según la totalidad de sus factores] es el sí»⁴³. No la duda,

41 Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 124.

42 L. Giussani, *El sentido religioso* pp. 127-128.

43 L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, p. 55.

como nos inculca la mentalidad que nos rodea, sino el “sí”⁴⁴. Escuchad esta carta que me envía una persona que está aquí entre nosotros: «Hay algo que ha sido fundamental para salir de un pozo tan grande como en el que estaba metida: la importancia de decir “Sí”. Y solo sí. La sencillez de decir sí. Me conmovía por ese gran misterio que se esconde tras este sí. Y es que todo lo demás se da solo. Reconozco en mí que solo se me exige un sí –y hasta a veces ni esto–. Mi libertad es el punto de partida, pero lo siguiente forma parte del misterio. Luego todo sucede. Y nada me podría haber rescatado más que el pensar que solo se pide de mí una apertura». A mí esto me da envidia, es deseable.

En el capítulo noveno de *El sentido religioso* veremos que el prejuicio negativo y escéptico que muchas veces nos invade no es razonable ante el anuncio que se nos hace. El objeto último de nuestro camino es el conocimiento de Cristo, de aquel que dice de sí mismo que es «camino, verdad y vida» (Jn 14, 6). Escucharlo y no verificarlo no es razonable, no es humano. Benedicto XVI diría que verificándolo no tienes nada que perder... y si es verdad lo ganas todo⁴⁵. Así que lo suyo es dar espacio a los signos y seguir a los testigos que me hablan de uno que dice de sí mismo: «Yo soy el hijo de Dios» (Jn 10, 36). Sigo a los que manifiestan una vida más plena, que ha alcanzado ese *ciento por uno, ese cien veces más* (Mt 19, 29) que mi corazón anhela.

44 Comentando el “sí” de Pedro a Jesús, observa Giussani: «La única postura racional es el “sí”. ¿Por qué? Porque la realidad que se nos propone corresponde a la naturaleza de nuestro corazón más que cualquier imagen nuestra, corresponde a la sed de felicidad que tenemos y que constituye la razón del vivir, la naturaleza de nuestro yo, nuestra exigencia de verdad y de felicidad. De hecho, Cristo corresponde a esto, más que cualquier imagen que podamos construir»: L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, p. 55.

45 Cf. Por ejemplo los textos contenidos en Joseph Ratzinger / Benedicto XVI, *Vivir como si Dios existiera*. Una propuesta para Europa, Encuentro 2023.

4. LOS PASOS POR LOS QUE COMIENZA LA FE

Sabemos que el método lo impone el objeto⁴⁶. Si la fe tuviese como objeto una realidad material, podríamos utilizar el método científico. Pero en el caso de la fe en Cristo (y ya no la fe en lo que me dice Carmen o María o en la persona que me ha preparado el desayuno), el objeto es distinto: es algo que tiene que ver con la exigencia de felicidad que nos caracteriza, por tanto, el método es el de la certeza moral.

¿Cómo llegar a la certeza moral acerca de Dios? No quiero dar por descontado la palabra “Dios”. Vamos a ver cómo aparece Él en la historia del hombre, cómo se cruza con su vida.

«Un día Jesús salió y vio a un publicano, llamado Leví, sentado en el mostrador de impuestos, y le dijo: “sígueme”. Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió» (Lc 5, 27-28). El Evangelio está lleno de relatos parecidos; yo he elegido este casi al azar. Es un ejemplo sencillo de cómo Cristo entra, sin avisar, en nuestra vida. El evangelista Lucas, que describe la escena, es chocante. En dos líneas describe un encuentro que da un vuelco a la vida de ese hombre: «dejándolo todo, se levantó y lo siguió». ¿Quién este hombre, quién es este Jesús que tantas veces provoca reacciones drásticas (tanto para bien como para mal)? Hace falta empezar a conocer el objeto, es decir, a Jesús para plantear de forma correcta la cuestión de la fe⁴⁷.

- a) Ante todo, Dios entra directamente en la historia como un hecho concreto. Un hecho que tiene las características de un encuentro humano e imprevisto en la vida cotidiana. Leví estaba trabajando. La Samaritana iba al pozo a por agua. Santiago estaba pescando. La viuda de Naín estaba llorando la muerte de su hijo. Hay cientos de ejemplos así en los evangelios. No es el

46 Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 26.

47 Sigo aquí la exposición de *¿Se puede vivir así?*, pp. 43-57.

fruto de algo decidido a priori: es un hecho imprevisto, pero en el fondo deseado (aunque al principio no somos conscientes de ello).

b) Esa persona tenía algo excepcional. Podríamos decir que el de Jesús era un rostro cualquiera, y a la vez no lo era. Cuando Jesús está entre los suyos, en su pueblo, nadie nota nada. Estaban acostumbrados, le habían visto de adolescente... no estaban abiertos, atentos, es más, ya lo habían encasillado en sus esquemas (cf. Mt 13, 57). Pero los que lo escuchan con atención, que se fijan en cómo mira la realidad, que están abiertos ante los primeros signos y milagros, se dan cuenta rápido de que aquí hay algo distinto, algo extraordinario dentro de lo ordinario. Jesús, pues, entra en la historia como un hecho concreto, tangible, cercano. Pero su presencia, para los que tienen su humanidad más despierta, se vuelve acontecimiento, porque cambia la vida.

c) La tercera característica es el asombro. Lo que veían los ojos de Juan y Andrés despertaba en ellos el presentimiento de estar delante de algo sobrehumano, nunca imaginado: inexplicable solo con categorías científicas. A menudo él ha estado educando a los que le rodean esperando su asombro, como por ejemplo tras la curación de un paralítico: «Nunca hemos visto algo semejante» (Mc 2, 12), dijeron todos a una. Pero luego no todos empezaron a seguirle, porque el atractivo no es suficiente para despertar la fe.

Uno de vosotros me ha escrito: «lo que más me cuesta es ver el bien cuando no hay atractivo, cuando nada es brillante. Intuyo que la verificación de la fe tiene que ver con esto, porque no puedo depender del atractivo como si de un subidón emocional se tratase». ¡Nuestro amigo tiene razón! El asombro no va necesariamente acompañado de un subidón sentimental. ¡A veces sí, pero no está dicho! El asombro del que os estoy

hablando es algo mucho más profundo que una emoción. A Nicodemo, por ejemplo, no lo vemos nunca emocionado ante Jesús, más bien lo contrario (quizá por su temperamento, quizá por su educación). Ni siquiera le sigue de forma explícita. Pero es el único que defiende a Jesús ante el Sanedrín, aunque algo tímido, antes de la crucifixión. Y cuando Jesús ha muerto, ofrece un sepulcro nuevo y unge el cuerpo con perfumes carísimos. ¿Nicodemo ha vivido el asombro? Sí. ¿Con emociones? No. No parece haber vivido momentos sentimentalmente gratificantes, que otros sí habían vivido. No todos somos iguales. Siento deciros que las emociones, aunque son muy útiles y humanas, no son indispensables en la experiencia de la fe. A veces se dan (sobre todo al comienzo), otras veces no. Ayudan, pero no son indispensables. Aprendemos a no hacer coincidir la fe o la presencia de Cristo con momentos sentimentalmente emocionantes y gratificantes. Seamos adultos. Os aseguro que en la vida lo que al principio nos emociona (el nuevo trabajo, los amigos, la persona de la que estoy enamorado) luego da paso a otras sensaciones, no menos verdaderas. Las emociones tenemos que trabajarlas, porque en ellas todavía no se produce un reconocimiento, un juicio, una comparación entre los criterios de nuestro corazón y la realidad con la que nos topamos⁴⁸. Esto tiene mucho que ver con el concepto de “correspondencia”, que ¡no es el sentimentalismo con que lo utilizamos siempre! «La cuestión no es eliminar el sentimiento, sino situar al sentimiento en su justo lugar»⁴⁹. Podremos profundizar todo esto en la asamblea de mañana, porque es un punto clave. Ahora solo termino de hablar del asombro con una expresión genial de don Giussani, que me ha revolucionado en los últi-

48 Cf. L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, p. 59-60.

49 L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 60. En este sentido don Giussani dice que hay que graduar el sentimiento, como si de una lente se tratase.

mos meses porque he visto que es verdadera: «el asombro es siempre una petición, al menos secreta. El asombro esconde dentro de sí una petición profunda que toca las fibras más íntimas de nuestro ser»⁵⁰. El asombro desemboca en la pregunta, en la petición, en la oración, como veremos esta tarde.

- d) De hecho, el siguiente paso fue el preguntarse: ¿Quién es este? Es la consecuencia del asombro que, como decíamos en los ejercicios del año pasado, necesita ser trabajado para que empiece la fe. ¿Quién es este hombre que hace cosas tan normales y, a la vez, extraordinarias? Ha respetado sus tiempos, ha escuchado sus dudas, ha sufrido sus objeciones. Les ha invitado a seguirle, a estar con él, y seguro que no siempre era fácil, porque se trataba de una vida nómada, exigente y plena a la vez. A medida que se acerca su pasión, ante sus preguntas (porque no entienden sus parábolas, o porque algunos no se unen a ellos...), Jesús es cada vez más explícito: les habla de su relación con el Padre, les dice que es el Mesías, se transfigura delante de ellos, afirma que quien crea en él vivirá y quien no crea en él no encontrará la felicidad. No lo ha hecho en seguida: ha esperado sus preguntas. ¡Qué importante es que el asombro se concrete en preguntas precisas! No dejemos de preguntar y pedir entender.
- e) El quinto paso es el que más involucra la libertad, porque Jesús obligaba a tomar posición. Era su forma de estar delante de las preguntas expresadas de forma explícita o guardadas en algún rincón de sus corazones. En todo caso, delante de Él no podías estar quieto. O con Él, o sin Él. «Te he dicho que tu hermano resucitará, porque Yo soy la resurrección y la vida: ¿crees esto?» (cf. Jn 11, 23-26). Con Cristo, las medias tintas no funcionan. Cuando ve que alguien no logra despegarse

50 L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, p. 50.

de sus planes de realización (lo que en realidad es idolatría, como veíamos anoche), como le pasó al joven rico, vemos a Jesús a la vez dolido por su dureza de corazón y firme en el juicio (Mc 10, 17-27). Cuando uno, que ha recibido su invitación a seguirle, le pone como excusa la compraventa de un campo, o que ha fallecido su padre y necesita tiempo para organizar el funeral, Jesús es extremadamente tajante, casi borde: «Deja que los muertos entierren a sus muertos, tú sígueme» (Mt 8, 22). ¿Por qué esta dureza? Le está educando a tomar posición ante él, que es la vida, la vida verdadera. Quien se ha encontrado con uno que dice de sí mismo que es la vida verdadera, si no toma posición ante él, está utilizando mal su razón. Porque –insisto por enésima vez– la razón es la conciencia de la realidad según la totalidad de sus factores⁵¹, y este muchacho no está mirando todos los factores: su necesidad y la respuesta que se plantea ahí delante de sus narices. ¡Es razonable tomar posición, te lo pide la razón! Todo lo que hace Cristo es desafiar la razón, exaltándola, poniéndola en marcha.

- f) El último paso es la respuesta: es nuestra responsabilidad. Aquí la libertad, que ya se ha puesto en juego antes, llega a su culmen, porque la libertad es adhesión al bien. De hecho, «la libertad se identifica con depender de Dios de una manera humana, esto es, con una dependencia que se reconoce y se vive»⁵². Se reconoce.

42 (*Mumford and sons*)

51 L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 37.

52 L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 152.

5. RECONOCER UNA PRESENCIA AMOROSA

Hasta ahora he bosquejado los elementos esenciales de la fe en Cristo.

En primer lugar, hemos caído en la cuenta de que la fe es un método de conocimiento indirecto a través de un testigo. Este método es indispensable para vivir y lo utilizamos en la vida cotidiana. Luego hemos visto las características del testigo, que se convierte por eso mismo en autoridad, en persona que me trasmite una experiencia de plenitud que es necesario seguir. En dos momentos, hablando del testigo y luego del asombro, he subrayado la importancia de las emociones y a la vez la necesidad de tener un juicio claro sobre ellas.

A continuación, he lanzado una provocación que considero fascinante: la postura más adecuada es el sí, porque es la más razonable cuando el testigo me remite a una realidad que porta consigo una pretensión de totalidad, como es el anuncio de que Dios se ha hecho carne y habita ahora –¡ahora!– entre nosotros.

Por eso, he subrayado cómo entra Dios en la historia y qué pasos van dando los que se acercan a Él, proponiendo un esquema en seis puntos.

Quiero terminar el recorrido de esta mañana retomando brevemente la segunda definición de fe (hay muchas, pero estas dos me parecen las más importantes en este momento de la vida). La primera en la que insiste don Giussani es la fe como método de conocimiento indirecto a través de un testigo. La segunda es la fe como «reconocer una presencia». No se entiende la una sin la otra; pero la segunda la hemos trabajado en nuestros encuentros de Escuela de Comunidad y me limito a subrayar algunos aspectos.

«La vida me la han dado y tengo que devolverla», cantábamos juntos al empezar. Reconocer una presencia significa re-conocer algo que se me ha dado y que pide una disponibilidad. Re-conocer, porque ya lo conozco, ya he empezado a familiarizarme con esa presencia. Pero no basta haberlo hecho una vez. No basta conocer. Necesito seguir

profundizando. Lo vemos claramente en los evangelios, que hasta en ocho ocasiones, después de algún milagro, afirman que «los discípulos creyeron en Él» (Jn 2, 11). ¡Pero si ya habían creído en Él! Pues eso mismo: la fe es re-conocer una presencia que se me da una y otra vez. Una presencia, algo que está sucediendo ahora. La fe es una experiencia en el presente, que reconoce no un recuerdo, sino una presencia actual y concreta, como les pasó a los dos de Emaús, después de la Resurrección.

Los apóstoles estaban disponibles para tener familiaridad con Él. Esa presencia se volvió presencia amorosa. Me ha ayudado mucho entender que la confianza y cercanía que Pedro, Santiago, Juan, la Magdalena, los leprosos y muchos más tenían con Jesús es una experiencia posible. ¡Yo también puedo llegar a decirle “Tú”! Es más, Giussani observa que «decir Tú es una exigencia. “El tú es la expresión de la exigencia que tienes del otro”. Porque necesitamos que la relación se concrete en una familiaridad. “Todas las exigencias ideales que conforman el corazón del hombre y que se convierten en criterio, en el criterio de juicio, implican el Tú. No puedes limitarte a decir: “Es Misterio. Existe, pero no lo puedo conocer: es Misterio”; si es Misterio, para mirarlo cara a cara tienes que “forzarte” a decir “Tú”. Si no dices “Tú”, si no llegas al Tú, no es verdad que te pongas en juego ante el Misterio; estás dejando que sea algo abstracto, teórico y abstracto»⁵³.

6. ES POSIBLE... AQUÍ Y AHORA

No, el Misterio de Dios no es algo teórico o abstracto. Es “Misterio” porque no lo podemos poseer –sino más bien es Él quien nos posee– y en el fondo no podremos nunca agotarlo, como esa fuente de la que hablábamos al principio. Pero ese Misterio es a la vez un “Tú” fami-

53 L. Giussani, *La autoconciencia del cosmos*, p. 171-172.

liar. Para entender esto, terminamos escuchando la carta que nuestra amiga Jone escribió unos días después del funeral de su marido Carras. Me ha hecho pensar en una afirmación de Ratzinger que don Giussani nos hizo aprender de memoria: «La fe es una obediencia de corazón a la forma de enseñanza a la que hemos sido confiados»⁵⁴. Hemos sido confiados a una historia que nos precede y nos educa, de la que Carras es un eslabón decisivo. Sin pertenencia a una historia, el camino de la fe es muy difícil. Por eso es crucial conocer lo que nos ha precedido, porque nos ayuda muchísimo.

Carras fue uno de los primeros de nuestro movimiento en España. Gran colaborador –pero sobre todo amigo– de don Giussani, después de dar su vida con sencillez e incontenible pasión por la construcción de la Iglesia y del movimiento, Carras falleció en Madrid el 9 de enero. Hace meses, antes de que diagnosticaran a Carras el tumor cerebral que tan rápido acabaría con él, había invitado a su mujer Jone a darnos un testimonio esta noche. Quería que nos contara su experiencia de la fe, que tan poderosamente le acompañó durante la enfermedad, porque ella ahora está en silla de ruedas tras un misterioso acontecimiento que le ha tocado vivir, llegando a estar en la UCI muchos meses. Luego llegó el tumor de su marido, y cuando fui a verles para despedirme de Carras unos días antes de morir, me pidió dispensarla del testimonio. A la vez me dijo que sentía que lo que estaba viviendo era una palabra que Dios estaba dirigiendo a todo el CLU. Creo oportuno que ella esté presente a través de esta carta que escribió tras el funeral. Creo que responde con una experiencia concreta y completa, con dulzura y firmeza a tantas preguntas sobre el misterio del mal que veíamos anoche, la necesidad de seguir a testigos, la exigencia de tomar posición y decirle “Tú” a este hombre que está vivo y presente, hoy, aquí, exactamente igual que con sus discípulos hace dos mil años.

54 J. Ratzinger, «Intervención de presentación del Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica», *L'Osservatore Romano*, 20 de enero de 1993, p. 5; citado en A. Savorana, Luigi Giussani. Su vida, Encuentro 2015, p. 899.

Queridos amigos:

No quería desaprovechar la ocasión de compartir con vosotros brevemente lo que he vivido a lo largo de estas semanas. Como sabéis, el 27 de noviembre Carras entró en Urgencias y el 9 de enero falleció recibiendo los santos sacramentos. Han sido 39 días de una intensidad enorme.

Desde el momento en que su neuróloga le informó de la gravedad del diagnóstico y de la perspectiva de vida (tres meses), Carras permaneció en silencio y la doctora quiso verificar si lo había entendido bien. Él le contestó: «Sí. El santo acontecimiento».

Uno de nuestros amigos del Grupo Adulto, pensando cómo acompañarnos, pidió a algunos sacerdotes que acudieran a celebrar la eucaristía en casa. Ha sido conmovedor ver cómo se organizaron durante todos esos días para que nunca nos faltara ni la misa ni la compañía. Carras mantuvo plena conciencia llegando a expresar al inicio de una de las misas: «Cristo es algo real, no es una idea. Incluso se puede comer».

La misa era para él un sostén, un momento vital, hasta el punto de que preguntaba, varias veces al día, cuánto faltaba para la celebración de la misma. Era el gesto que para él marcaba la jornada.

Uno de los sacerdotes, al acabar la eucaristía, y conmovido por lo que veía que allí estaba sucediendo, le dijo: «Carras, menuda compañía tienes». Y él respondió: «Una dulce compañía».

Esa dulce compañía se tradujo también en gestos concretos y muy necesarios del día a día. Los que venían a vernos han sido verdaderos hijos atendiendo a un padre hasta el final. En especial nuestros amigos y vecinos, los Memores Domini. También algunas amigas que con cuidado y discreción llevan meses asistiéndonos con la comida, la compra, los recados.

El paso decisivo en la vida de todos los hombres, el paso hacia el Destino último, considero que fue un paso verdaderamente “suave”

por dos motivos: por un lado, porque Carras fue ayudado a vivir serenamente su enfermedad; por otro, porque desde el inicio se abandonó al designio de Otro, al designio del Padre.

Nunca protestó ni se quejó por la disminución de sus facultades físicas. Mantuvo su positividad y el sentido del humor que le caracterizaron siempre, y que jamás le abandonaron. Nunca perdió su alegría y vivía agradecido por todo lo que veía suceder a su alrededor. Pero esto no le ocurría solamente a Carras, sino que algunas personas que nos visitaron, y que no participan de nuestra historia, se quedaban impresionados, y decían: «Lo que aquí pasa es de otro mundo».

Ante ese espectáculo de libertades que se ponen en juego delante de una circunstancia era precioso ver la conciencia que él tenía. No dejaba de decir: «Qué suerte hemos tenido». Como nos dijo Javier Prades en el funeral, la última cosa que escuchó de Carras fue “gracias”. También nosotros es lo que más le hemos escuchado pronunciar en estas semanas...

Tras su muerte, la gente que se me acercaba o me escribía no me decía «te acompaño en el sentimiento», sino «gracias, gracias, gracias». Me relataban hechos y juicios que yo nunca había escuchado. Para mí, las horas del velatorio no fueron formales: escuchaba todo con un gran estupor y me conmovía especialmente ver a algunos que, no participando ya de nuestra historia, quisieron acercarse para despedir a Carras.

Otros aspectos que me gustaría resaltar son la belleza y el silencio que se percibían tanto en la capilla ardiente como en el funeral, ambos celebrados en espacios gracias a la disponibilidad de sus párrocos. Las flores, la carpa, los cantos, el cuidado de la liturgia, el orden... todo reclamaba a una Belleza última. Una Belleza para la que todos estamos hechos, incluido el trabajador de la funeraria que, provocado por lo que veía, decidió participar de la misa funeral...

Os pido que en esta nueva etapa que hoy comienza me sigáis acompañando así: es el mayor gesto de afecto que podemos tener los unos con los otros. Yo también pido por vosotros.

En comunión, Jone

Después de la misa: el valor del silencio

Ahora empezamos un tiempo de silencio. Soy consciente de que he dicho muchas cosas. Dejad que lo que más os haya impactado, aunque fuera solo una frase o un concepto, encuentre en vosotros un espacio adecuado para hacerse concreto, relejendo vuestra historia y empezando a juzgarla. El silencio es una dimensión esencial de la vida adulta. Significa elegir no vivir de forma superficial. Por tanto, hace falta ante todo que sea silencio físico, real. Si salís a fumar, hacedlo en silencio. No nos metamos de forma instintiva en Instagram o Whatsapp. Para hacer silencio y retomar los apuntes o leer los textos, está abierta la capilla que está en esta misma planta. Lo mejor es no quedarse en la habitación, quizá mejor pasear por el parque, otros querrán quedarse aquí en el salón con la música clásica... lo importante es que el silencio sea real. Confíad en esta propuesta.

Hasta la misa será posible confesarse. A través de los sacramentos estamos ante ese Tú de Cristo del que hemos hablado, con confianza y disponibilidad. Hay varios sacerdotes disponibles y os he puesto un texto en el cuadernillo que os puede ayudar a entender mejor por qué es tan necesario acercarse de forma concreta a los sacramentos. En todo caso, podéis pedir ayuda a los sacerdotes. La confesión no es una larga conversación espiritual, sino la celebración de un sacramento: es crucial prepararse bien para que luego sea directa, completa y esencial. Terminaremos el tiempo de silencio con la celebración de la Santa Misa.

SEGUNDA LECCIÓN

Someone You Love (Tina Dico)

Esta mañana, describiendo la fe como un método de conocimiento, hemos profundizado en la importancia del testigo. Espero que no os haya parecido un discurso abstracto: los testigos son rostros concretos que forman parte de nuestra historia y de nuestro presente.

He ilustrado las dos definiciones de fe más importantes según don Giussani: la fe como método de conocimiento indirecto a través de un testigo y la fe como reconocimiento de una presencia.

La meditación de esta tarde es más breve. Hablaré de los dos cauces privilegiados a través de los cuales podemos vivir la fe: la compañía de los amigos y la oración, terminando con algunos frutos de la fe vivida en plenitud.

1. AMIGOS, ES DECIR, TESTIGOS

Los testigos más evidentes y cercanos que tenemos son los amigos. El lema de nuestros ejercicios –«Mira, Yo hago nuevas todas las cosas»– nos invita a mirar la novedad que Cristo aporta a todas las cosas. Pero, para mirar, hacen falta los amigos. Giussani lo expresa así: «La compañía te dice: “mira, que después resplandece el sol”... Sobre todo, te dice: “mira”. Porque en toda compañía vocacional siempre hay personas, o momentos de personas, a los que mirar. En la compañía lo más importante es mirar a las personas. Por eso, la compañía es una gran fuente de amistad. Y la amistad se

define por su finalidad: la ayuda para caminar hacia el Destino»⁵⁵.

No todos los testigos llegan a ser amigos en el sentido más profundo de la palabra. Son testigos, por ejemplo, algunos autores de las canciones que cantamos y que nos remiten al misterio que somos. Pero quizá no nos atreveríamos a llamarlos amigos, porque falta una reciprocidad. Al mismo tiempo, suscita curiosidad la relación profunda y familiar que Giussani estableció con Giacomo Leopardi, poeta italiano fallecido un siglo antes que él. Giussani llegó a hablar de él como de un amigo, porque le había ayudado a entender muchos aspectos de su corazón⁵⁶. En fin, la relación entre testigo y amigo es circular y tiene muchos matices: no se puede encasillar en definiciones cerradas.

En todo caso, aunque no todos los testigos tienen que llegar necesariamente a ser amigos, sí que podemos afirmar lo opuesto: todos los amigos, los amigos de verdad, son testigos de algo más grande por lo que merece la pena aventurar la vida. ¡Mirad qué bonita la imagen que hemos elegido para acompañar nuestros ejercicios!⁵⁷. Parece escuchar a la niña mayor que dice a la otra, que está titubeando: “¡mira qué bonito! ¡Vente conmigo!”.

Yo no soy yo sin mis amigos. Mis amigos, sin mí, son menos “ellos mismos”. Pero ojo, tener amigos no significa estar rodeados por muchas personas. De hecho, uno podría estar en un grupo numeroso y vivir una profunda soledad. ¿No os ha pasado alguna vez? Sucede cuando estamos junto a otras personas sin conciencia del significado de la vida⁵⁸. Una compañía así... no es compañía. Es un triste amago de amistad, pero no hay testimonio recíproco, es una relación que no remite a nada más grande o profundo que el mero estar jun-

55 L. Giussani, *Un inizio e una storia di grazia*, «30 Giorni», 5 (1991), en L. Giussani, *Un avvenimento di vita cioè una storia*, EDIT - Il Sabato 1993, p. 459 (trad. esp.: texto del Cartel de Pascua de 1992).

56 Cf. L. Giussani, *Mis lecturas*, Encuentro 2020, p. 11.

57 Se hace referencia al cuadro de Joaquín Sorolla *Niñas en el mar*, 1909 (Museo Sorolla, Madrid).

58 Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, pp. 142-143.

tos. Yo quería mucho a mis amigos del pueblo, pero estaba con ellos solo para divertirnos. El contraste que percibía entre nuestras épicas aventuras veraniegas y lo que empezaba a vivir con esos misteriosos chicos del movimiento de CL me dejaba cada vez más insatisfecho. Al cabo de un tiempo, empecé a llamar “amigos” a esas personas del movimiento, aunque no conocían mi historia tan bien como los del pueblo. De hecho, amigo es, ante todo, aquel que despierta tu humanidad, que la exalta. En la Iglesia había encontrado amigos de verdad, testigos de algo más grande; su compañía remitía a otra cosa. El verano siguiente, habiendo descubierto el significado más auténtico de la palabra amistad, pude volver al pueblo y dejar de bajar el listón con los colegas de toda la vida; algunos de ellos se han convertido a su vez en grandes amigos, porque yo ya no me conformaba con poco. Había hecho experiencia de que no estoy hecho para perder el tiempo, y empezaba a “exigir” (estoy seguro de que entenderéis a qué me refiero) vivir lo mismo con todos. La amistad, si es verdadera, se expande, se convierte en modelo para toda relación, o al menos ensancha el deseo. De hecho, hay varios matices en la amistad. Algunas son más profundas, otras son sencillamente “signos”, “profecía” de la amistad con Dios. Por tanto, es legítimo llamar amigos a personas con las que no hablo explícitamente de Dios. Los amigos del pueblo siguen siendo amigos míos y espero que lo sean cada vez más, aunque no son creyentes. Todos tenemos amigos así. Lo importante es que, al menos de forma implícita, las personas que llamo “amigos” me ayuden a ser más yo mismo, me mantengan en tensión hacia la verdad, y que me permitan testimoniarles la belleza de lo que he encontrado.

La amistad me ayuda a mirar, a reconocer que hay alguien que *hace nuevas todas las cosas*: ¡la amistad es esencial para vivir la fe! De hecho, la forma adulta de nuestra amistad, cuando terminemos los estudios universitarios, será lo que llamamos “grupo de Fraternidad”, que es la forma que nos propone el movimiento de Comunión y Libe-

ración para ayudarnos a vivir intensamente y sin sentimentalismos la realidad y la pertenencia a la Iglesia a través de esta compañía.

Dice Lewis: «uno o dos o tres que comparten algo [estudios comunes, *hobbies*... incluso la religión] no serán por eso amigos nuestros... [En la verdadera amistad, decir] “¿me quieres?” significa: “¿Ves tú también la misma verdad que veo yo?”. O, por lo menos: “¿Te interesa?”. La persona que está de acuerdo con nosotros en que un determinado problema, casi ignorado por otros, es de gran importancia, puede ser amigo nuestro. No es necesario que esté de acuerdo con nosotros en la solución»⁵⁹. El primer paso hacia la amistad verdadera es descubrirse unidos por el mismo interés hacia las preguntas más esenciales de nuestra humanidad.

La amistad ha dado lugar a un desaforado número de libros, dedicados enteramente a ella o en los que ocupa un lugar significativo. Cicerón, por ejemplo, dice que la amistad es un compartir de forma terrenal relacionado con nuestro camino hacia la divinidad⁶⁰. No llegó a conocer a Dios como nosotros, pero podía afirmar que la amistad es el punto en el que se unen cielo y tierra. Aristóteles y Cicerón hablan del amigo como de otro yo (unos siglos más tardes, san Gregorio Nacianceno habla de su amigo san Basilio en estos términos: «Parecía que teníamos una sola alma en dos cuerpos»)⁶¹. ¡Yo he podido hacer esta experiencia vertiginosa, incluso con personas que no veía a diario! Podría seguir con mil ejemplos⁶², pero ahora me pregunto: ¿por qué todos los santos hablan de la amistad?

59 C. S. Lewis, *Los cuatro amores*, Rayo 2006, pp. 77-78.

60 «Divinarum et humanarum rerum consensio»: Cicerón, *Laelius o de la amistad*, 20.

61 Cf Aristóteles, *Ética a Nicómaco* 9, 4, 1166a; Cicerón, *Laelius o de la amistad*, 80; San Gregorio de Nazianzo, *Oración* 43, 16.20.

62 Menciono aquí a mi querido Elredo de Rieval, autor de *La amistad espiritual*, que habla de la amistad como el nivel más santo del amor, capaz de orientar el afecto y la razón: cf *El espejo de la caridad* 3, 39. Elredo retoma una expresión de Ovidio que comentaron también san Agustín, san Casiano, san Isidoro...

2. LA AMISTAD, NECESARIA EN EL CAMINO HACIA EL DESTINO

Todos tenían claro que la amistad está íntimamente unida a nuestro camino hacia el destino y a nuestra conversión, porque nadie puede llegar solo a la verdad. Descubrir que pertenezco a la historia de Cristo en el mundo, acompañado de rostros de amigos, hace grande mi existencia. A través de los amigos, uno aprende que no se pertenece a sí mismo, que su vida es dependencia.

Pero vamos a dar un paso más. Lewis, en la frase que he citado antes, decía que no es necesario que el amigo esté de acuerdo con nosotros en la solución de un problema. Ese es el nivel más básico de la amistad, pero en la amistad más profunda y verdadera hay que dar un paso: el amigo no es solo aquel con el que descubro que tengo la misma pregunta, sino aquel con el que puedo compartir la respuesta.

Nosotros no estamos juntos porque tenemos todas las mismas preguntas (las tenemos, pero ¡hasta la persona más distraída del mundo las tiene: la diferencia es que nosotros hemos llegado a ser conscientes de ellas!). Nosotros estamos juntos porque estamos verificando la misma respuesta. Julián Carrón lo expresaba así: «Vivir una auténtica religiosidad [o sea, ser testigos los unos para los otros, remitir a Dios del que dependemos] es lo único que crea verdadera amistad, porque la amistad coincide con caminar juntos hacia el Destino, hacia el Misterio. Esta es la verdadera amistad, la única que permanece; el resto son relaciones de conveniencia. Todas las otras relaciones, al margen de esta, son políticas. Tenemos que decidir: ¿queremos establecer relaciones políticas entre nosotros o ser amigos de verdad? ¿Queremos perder el tiempo o acompañarnos

hacia el destino?»⁶³. Son palabras contundentes que sacuden todas las reducciones con las que a menudo tratamos la amistad. Creo que ciertas dificultades presentes en vuestras cartas (como la decepción ante los amigos) tienen que ver con esta falta de tensión: en vez de amigos, nos conformamos con colegas.

Me ha ayudado muchísimo un texto que se publicó justo hace un año, el diario de un joven sacerdote jesuita del siglo XX. Se llama Egied Van Broeckoven y os invito a leer este texto que se titula *La amistad*. Lo encontraréis, junto con otros títulos que hemos escogido con cuidado, en la mesa de libros antes de entrar al salón. Este hombre, empujado por una llamada interior a compartir la vida de los obreros, pidió a sus superiores ejercer su ministerio sacerdotal entre los empleados más pobres de las fábricas de Bruselas compartiendo su indigencia y su trabajo. Allí falleció por un accidente laboral con 34 años, no sin dejar antes un diario en el que iba tomando nota de los descubrimientos que el Señor le regalaba en la relación con los obreros y sus familias. Os he puesto tres citas en los textos de apoyo. Es un diario riquísimo, como otros textos que os proponemos y por los que merece la pena gastarse algo de dinero, os lo aseguro.

Dice Egied: «La amistad viva y verdadera es una búsqueda del amigo hasta la búsqueda de la tierra inexplorada que es Dios en él y que llega así al descubrimiento de Dios como tierra inexplorada del otro; esta es la única manera de conservar la amistad constantemente en su frescura y fascinación. Además, puedo ayudar a mi amigo a encontrar el camino de sus tierras aún inexploradas, y a través de mi amistad lo conduciré hacia Dios; así mismo puedo dejarme conducir hacia Dios a través de su amistad»⁶⁴.

63 *Amigos, es decir testigos. Asamblea internacional de responsables de Comunión y Liberación*, Suplemento de la revista Huellas - Litterae Communio, n. 9, octubre de 2007, p. 79.

64 E. Van Broeckhoven, *La amistad*, Encuentro, 2023, p. 57.

3. LA AUTORIDAD

Hay otra palabra, mejor, otra experiencia igual de importante en nuestro camino de conocimiento de nosotros mismos y de Dios. Habiendo hablado del testigo y de la amistad, es necesario recuperar el valor de la autoridad. Es una palabra que en seguida despierta en nosotros poca simpatía: hasta yo, lo reconozco, descubro a veces en mí una resistencia silenciosa ante la autoridad. Escuchamos la palabra “autoridad” y de alguna forma nos ponemos a la defensiva, porque pensamos que nos hará menos libres. Este planteamiento equivocado es también herencia de la destrucción de la figura de la autoridad que se ha teorizado en el siglo XX. Sí, está claro que se ha ejercido la autoridad de forma muy equivocada (pensemos en los totalitarismos y las dictaduras), y esto no ha ayudado. También en la Iglesia y entre nosotros, a veces, la autoridad se ha vivido mal y sin equilibrio, porque todos somos pecadores e imperfectos. No pasa nada, estamos en camino.

En la Escuela de Comunidad estamos aprendiendo ahora que la libertad es imposible sin una dependencia reconocida y vivida⁶⁵. Sin obediencia no hay libertad. Sin autoridad no hay experiencia cristiana completa, católica, es decir, universal. Por tanto, hay que volver a descubrir qué es la autoridad.

Muchas veces queremos decidir nosotros quién es testigo y quién no, quién es autoridad y quién no. En parte es comprensible: el testigo debería suscitar en nosotros el atractivo. Sin embargo, es importante no reducir el papel del testigo a lo que yo entiendo de él, porque caería en una reducción subjetivista. Os aseguro que san Pedro, la mayoría de las veces, no era nada atractivo en sus indicaciones. De hecho, en los *Hechos de los apóstoles* (el libro que describe la vida de la comunidad cristiana después de que Jesús se fuera al cielo y dejara

65 Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 152.

la Iglesia en manos de Pedro), vemos que hay bastantes roces entre los apóstoles y Pedro. ¿Cómo no pensar en los temperamentos audaces y opuestos de san Pablo y san Pedro, que llegaron a discutir con gravedad varias veces? Sin embargo, Jesús estableció a Pedro como autoridad. ¿Por qué? Porque se necesita un punto objetivo de seguimiento con el que medirse, un punto que exalta lo que soy, sacando todo su potencial.

Lo ideal sería que coincidieran en la misma persona la autoridad moral (la que me fascina) y la autoridad institucional, objetiva, indicada por la Iglesia. No siempre es así. Pero la autoridad, independientemente de que me guste más o menos, siempre es testigo; es más, es testigo inevitable, prioritario, por así decirlo. Os garantizo que para seguir siempre es necesaria la autoridad, incluso cuando no despierta especiales emociones. La obediencia es la dimensión madura de la fe. Y si sucede que la autoridad indica algo que parece ir en contra de nuestra conciencia, en todo caso lo mejor es preguntarle: «¿Por qué me dices esto? Ayúdame a entenderlo». Atención, porque sin autoridad corremos el riesgo de seguirnos solo a nosotros mismos, y solo un loco se sigue a sí mismo. Y muchas veces, sin darnos cuenta, lo hacemos y nos encerramos. Nos damos cuenta cuando vemos en nosotros una tristeza árida y que no somos fecundos, y no entendemos que para serlo tenemos que seguir a la autoridad.

4. HIJOS POR SER PADRES, PADRES POR SER HIJOS

Hablando de autoridad creo necesario mencionar la relación con nuestros padres, quizá la primera autoridad que la naturaleza nos ha dado. Es un tema que sale a menudo en nuestras conversaciones, como tiene que ser. Estoy convencido de que no llegaremos a la madurez si no cribamos, junto con nuestro pasado y nuestro presente, también la relación y lo que nos han dado nuestros padres y madres, los educadores que hemos tenido, los guías que nos ha indicado la

Iglesia o el movimiento. Por eso, tened en cuenta que voy a hablar de la paternidad y de la maternidad en sentido amplio, incluyendo la paternidad no solo biológica.

Todos, lo queramos o no, estamos marcados por la relación con nuestros padres, que representan para nosotros ese pasado del que no podemos prescindir para entender el presente. Soy la persona que soy, aquí, ahora, porque dependo de los padres que he tenido y que me han educado: censurar este tema, no mirarlo de forma adecuada, hará que mi experiencia de filiación nunca sea completa.

¿Cuál es el significado de la paternidad? Ante todo, indicar el camino hacia el Destino. Pero esto lo hace cualquier autoridad, y no toda autoridad es padre. El padre profundiza la experiencia de la autoridad y hace que los hijos se conviertan, a su vez, en padres. El deseo más profundo de un padre es que su hijo llegue, a su vez, a ser padre para los demás. ¿Qué padre verdadero quiere mantener a su hijo vinculado a sí toda la vida? Acabaría sofocándolo. El padre, como toda autoridad, remite a la realidad ofreciendo una hipótesis de significado que hay que verificar. Sin experiencia de paternidad, no se crece de forma completa.

La experiencia más difícil para nosotros los padres (porque yo también vivo una paternidad profunda, no biológica sino espiritual, y no por eso menos intensa), la experiencia más difícil y a la vez necesaria y luminosa, es aceptar que nuestros hijos no nos pertenecen. ¡Tened paciencia con nosotros! Un padre verdadero debería querer que su hijo lo supere, que se vuelva a su vez padre. Solo entonces la paternidad encuentra su razón de ser. El modelo es la relación que Dios establece con nosotros: no nos mantiene encerrados en casa para siempre, sino que quiere que «vayamos y demos fruto» (Jn 15, 16), que nos convirtamos en padres para los demás. Entonces es cuando somos hijos de verdad. Hijos por ser padres, padres sin dejar de ser hijos. «Aquello que heredaste de tus padres, gánatelo para

poseerlo»⁶⁶, dice el Fausto de Goethe. Ser hijos, por tanto, no es una actitud pasiva.

El camino de madurez en el que estamos inmersos implica aprender a querer a nuestros padres incluso cuando se equivocan. Lo digo con la boca pequeña, pero cuando tenía dieciocho años me di cuenta de que en ciertos aspectos yo era más padre que mi padre biológico. Es más, ahora me llama “padre” (bueno, es que soy cura; creo que lo hace para tomarme el pelo, pero os aseguro que hay un profundo respeto en él que no deja de conmoverme). Sin perdón, sin aceptar sus límites, nunca llegaremos a ser padres. Igual nos han tratado como a nuestros hermanos mayores, sin darnos cuenta de que no vamos a repetir los pasos de nuestros hermanos y que los tiempos han cambiado, la circunstancia es otra. Igual nos tratan como a nuestros hermanos menores, y no entienden que no somos niños. Igual nos tratan así porque han sido tratados así y no han visto otra forma de hacerlo. Al mismo tiempo, tenemos que aprender a perdonarnos a nosotros mismos cuando no hemos sabido quererlos. Nos dan miedo sus límites y nos cabrean porque empezamos a verlos también en nosotros... aunque gracias a Dios nada es automático, nosotros no estamos condenados a repetir los errores de nuestros padres. Pero sí que estamos llamados a juzgarlos con misericordia para redescubrirlos y descubrir quiénes somos de verdad. Os deseo llegar a dar este paso como yo lo he vivido. ¡No imagináis la alegría, la paz, la fecundidad que nos da esta experiencia! Aunque me daba vértigo, después de un tiempo en el movimiento, empecé a invitar a mis amigos a casa, para que conocieran a mis padres (antes me daba mucha vergüenza, sobre todo porque los comparaba con los padres de mis amigos, que parecían siempre mejores que los míos...). No, el padre no es una persona perfecta. Es una persona necesaria para crecer, pero herida como yo,

66 «Was du ererbt von deinen Vätern hast, / Erwirb es, um es zu besitzen»: J. W. von Goethe, *Fausto*, I, Nacht.

necesitada como yo. «Solo el Padre que está en el cielo es perfecto» (Mt 5, 48), y de hecho es el único que está autorizado a proponerse a sí mismo como modelo, como término último del seguimiento.

Vamos a cantar juntos *Canzone del destino*, de Claudio Chieffo. Se la dedicó a sus tres hijos. Chieffo no fue un padre impecable, según los despiadados y exigentes cánones que, a veces, formulamos. Pero pidió, mendigó al Señor, poder ser padre mirando al Padre con mayúsculas, aquel que nos dice: «ve, no te detengas, atraviesa tu campo de grano [tu circunstancia], el Destino te lleva lejos, pero en realidad no está tan lejos, porque ya puedes empezar a conocerlo aquí con los que llevas en el corazón».

Canzone del destino (Claudio Chieffo)

5. CRISTO, MODELO SUPREMO DE AMISTAD Y AUTORIDAD

Antes os he dicho que Cicerón –filósofo pagano, que vivió un siglo antes de Cristo– intuyó que la amistad es el punto en el que se unen cielo y tierra. Pues en Cristo esto se realiza carnalmente, porque él es verdadero Dios y verdadero hombre a la vez. Así que, una vez conocido Cristo, ya es imposible una experiencia completa de amistad sin que Él esté involucrado de alguna forma. «Os he llamado amigos» (Jn 15, 15), dice Cristo a los suyos. ¿En qué momento un Dios llama a su criatura “amigo”? Jesús elige a algunos con los que mantener una relación más estrecha. De entre sus discípulos elige a los apóstoles, a los que confiar completamente su misterio. La comunidad de los apóstoles, de esos doce destartalados, es la escuela más elevada de amistad que presenta la historia. Mirad, nos pasa lo mismo: entre nosotros no hay afinidad política, económica, de visión de las cosas... Sencillamente, nos descubrimos unidos porque nos ha pasado lo mismo. Tenemos lo esencial, como ellos, aunque nosotros somos más afortunados porque dos mil años de historia

nos ayudan. Tenemos aquello que pone en su sitio todo lo demás, sin anular las diferencias, es más: convirtiéndolas en oportunidad. Los apóstoles eran amigos entre ellos (cada uno con su temperamento), discutían, se peleaban, pero tenían claro el origen de su estar juntos. Cristo los había elegido y los estaba llevando a descubrir cosas inimaginables. Lo hizo de una forma sorprendente: siendo a la vez, para ellos, testigo del Padre, amigo de cada uno y padre de todos.

Por eso es necesario mirar a Cristo, conocerle, frecuentarle. Para los apóstoles, frecuentarle era sencillo: lo tenían delante. Pero Él, después de la resurrección, vuelve al Padre y además nos dice que es mejor así: «os conviene que yo me vaya» (Jn 16, 7). Por tanto, nuestra posibilidad de conocer a Dios, hoy, en 2024, tiene que ser exactamente la misma que la de los apóstoles hace dos mil años. ¿Dónde conocemos y re-conocemos su presencia? Ya hemos mencionado esos lugares: la realidad concreta, ante todo, porque Él no se desvela en los pensamientos (los pensamientos, como mucho, son consecuencia). La realidad está hecha del estudio, de la relación con nuestros padres y con la autoridad, del trabajo, del tiempo libre, del afecto y mil ámbitos más. Luego están los dos cauces privilegiados: la compañía de los amigos y la oración, como vimos en el texto *La verificación de la fe*⁶⁷.

6. LA ORACIÓN

Tendemos a entender que la relación con Dios se expresa en la compañía de los amigos, que nos remiten a la Iglesia de una forma carnal. ¿Podrán la oración y los sacramentos llegar a ser igual de concretos? En el fondo, todos tenemos abierta esta pregunta. ¡Yo también!

67 F. Ferrari, *La verificación de la fe*, p. 7.

Otra vez nos ayuda Egied van Broekhoven, el del diario sobre la amistad. Dice: «El problema de la vida de oración no es: ¿cómo orar?, ¿cuándo rezar? Sino más bien: ¿cómo me alcanza Dios? ¿Cuándo me alcanza?»⁶⁸. ¡Esta es la cuestión! La oración no coincide con los rezos; no es hacer cosas, decirle cosas a Dios – necesitas que ya conoce. «Dios tiene pleno conocimiento del hombre. Por tanto, su palabra se dirige exactamente a su necesidad concreta y es siempre respuesta a su pregunta, tanto si es explícita como si no se ha planteado»⁶⁹.

Antes de expresarse con preguntas y peticiones, la oración es ante todo re-conocer su presencia que me alcanza (de hecho, la oración es sinónimo de la fe). La oración deja abierto un espacio de escucha y disponibilidad para ver dónde y cuándo el Misterio de Dios me está alcanzando⁷⁰.

Podríamos decir muchísimas cosas acerca de la oración. Solo quiero mencionar un par de aspectos para empezar o fortalecer un camino necesario para verificar la fe, personalizarla y vivirla en plenitud. Dice don Giussani en un texto que recoge su experiencia educativa siete años después de dar vida al movimiento de CL: «Solo quien posee el sentido de su vida, tiene también sentido de su finalidad. Pero ¿cuándo tenemos el sentido del fin? Cuando nos recogemos en oración. ¿Por qué, en el fondo, no se comprenden muchas cosas? Porque no se reza nunca. No es porque se tengan

68 E. Van Broeckhoven, *La amistad*, Ediciones Encuentro 2023, p. 96.

69 A. Von Spyer, *Esperienza di preghiera*, Jaca Book 2017, p. 5 (la traducción es nuestra).

70 La oración debe ser esta unión de palabras y silencios: no hace falta caer en la palabrería y así romper el silencio; ni abstenerse de hablar u orar comprometiendo así el encuentro. Tal vez no hemos entendido bien que Dios nunca rompe el silencio cuando habla... Quizá hablamos mucho con Dios con palabras huecas o tal vez hemos dejado de rezar, con la convicción de que rezar es charlar, cuando en realidad es más bien el diálogo con alguien en un encuentro que estremece nuestra persona hasta lo más profundo. Tal vez estemos demasiado lejos de esta profundidad; tal vez no rezamos de verdad porque en nuestra vida todo es parloteo, una experiencia que no llega a nuestra vida profunda.... ¿Por qué no rezamos? Nuestra oración es un parloteo con Dios y eso no es rezar (E. V. Broeckhoven, *La amistad*, p. 105).

dificultades espectaculares, ya que otros tienen muchas más todavía. Es porque no se reza»⁷¹. Así de sencillo. Si dejáramos de rezar formalmente, antes de nuestras Escuelas de comunidad, antes de nuestras comidas, al despertarnos, y entráramos en la conciencia de lo que hacemos y decimos, veríamos inmediatamente el fruto. De hecho, quien vive la oración y los sacramentos es testigo privilegiado, brilla en medio del mundo casi sin darse cuenta y es atractivo. La oración, por tanto, es personal (yo no puedo rezar en tu lugar), y a la vez siempre comunitaria, siempre. Las oraciones privadas, para el cristiano, son siempre oraciones comunitarias.

Para empezar a entender la oración, hay que vivir la oración. Mirad que este es un principio básico de la vida, no solo de la vida cristiana, sino de la vida (de hecho, no hay distinción entre vida y vida cristiana). Para empezar a entender algo, hay que comprometerse con ese algo. Si queremos entender antes de empezar, no empezaremos nunca: todo resultará abstracto y acabaremos cediendo a la apetencia de cada momento⁷².

Pongo un ejemplo sencillísimo. ¿Qué es lo primero que hacemos cuando empezamos a darnos cuenta de que podríamos estar enamorados de otra persona? Lo lógico no es sentarse y analizar la situación, entrar en internet para buscar un manual que nos indique los pasos a seguir o encerrarnos en nuestro cuarto. Lo lógico y razonable es moverse, a ver si es posible conocer a esa persona, quedar con ella, conocerla. Solo a través de la convivencia y la frecuentación se puede dar un conocimiento existencial. De hecho, si nos viéramos bloqueados y recurriéramos a los amigos, lo primero que nos dirían sería: “¡déjate de movidas y escríbele para quedar mañana!”. Por tanto, si queremos entender qué son la oración y los sacramentos, el método es... empezar a rezar y celebrar los sacra-

71 L. Giussani, *Llevar la esperanza: Primeros escritos*, Encuentro 1998, pp. 72-73.

72 Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, p. 70.

mentos. Mirar cómo hacen los demás y adherirnos, incluso imitarlos al principio, como hace el bebé para empezar a hablar como mamá. Yo empecé así a entender el valor del silencio, de los laudes, de la Escuela de comunidad... Si queremos entender el valor de la misa o de la confesión, podríamos leer todos los libros de teología del mundo o escuchar mil testimonios, pero mientras no empece-mos a comprometernos, al menos durante un tiempo adecuado, no habrá ninguna experiencia que verificar. «Gustad y ved qué bueno es el Señor», dice el salmo 34. Primero tienes que gustar –es decir, hacerlo– y entonces podrás ver –es decir, conocer–.

7. EL CIENTO POR UNO

Pasamos al último punto de nuestro recorrido. Sé que estamos cansados, pero os pido un esfuerzo más de atención para poder mirar juntos el fruto que brota en nosotros de la fe vivida a través de la compañía y de la oración.

Para introducir este fruto, vamos a escuchar un canto medieval en italiano antiguo que está en la página 22. El estribillo y la primera estrofa, que no están en el cuadernillo, dicen: «Pierde demasiado su tiempo aquel que no te ama bien. Amor, quien te ama no puede quedarse ocioso, por lo dulce que le resulta saborearte a ti, porque vive constantemente en el deseo de poder amarte más estrechamente».

Troppo perde'l tempo (Lauda medieval)

Troppo perde il tempo, pierde demasiado su tiempo quien te ama a medias. «Nada llegaría a consolarme si, teniéndolo todo, no te tuviera a ti». Esta experiencia afectiva totalizante, que tiene que ver con todo, es el destino que nos espera a todos. No está reservada solo a algunos, solo a los mejores, sino a todos. Es lo que Jesús promete a todos: «el ciento por uno aquí en la tierra, y la vida eterna» (Mt 19, 29). Quizá

la vida eterna nos parezca algo abstracto ahora, pero ¿quién dejaría pasar la oportunidad de tener el ciento por uno aquí y ahora?

Hemos visto cómo en el cristianismo se dan muchas paradojas. Muchas cartas que me habéis enviado, por ejemplo, explican que vuestra fe ha dado grandes pasos a raíz del reconocimiento del pecado, que ha inaugurado la posibilidad de conocer la misericordia. Hemos visto que un tumor se puede convertir en una experiencia de plenitud, como en Carras. Hemos afirmado, y tendremos que comprobarlo, que solo seguir a la autoridad nos hace libres. Hemos dicho que para ser hijos hace falta ser padres, y para ser padres hace falta ser hijos.

Pero quizá la paradoja más grande y conmovedora (que en mí se da como una sorpresa cotidiana) es que hace falta entregar la vida para poseerla de verdad. «Si quieres ser feliz, vende lo que tienes» (Mt 19, 21). ¡Jesús es una paradoja viviente! Es un reto a nuestro positivismo. De hecho, siendo Dios –aquel que da la vida, el único que da la vida, Él es la vida misma– se somete a la muerte. El único que no se ha equivocado nunca en la vida acepta someterse al error de su criatura para darnos la vida. ¿Hay paradoja más grande? Mi vida vale la vida de Dios: esta es la ecuación más sorprendente de la historia del universo.

¿Por qué Dios ama así? Para enseñarnos que el sacrificio no es objeción, sino camino para llegar a amar de verdad. «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13).

Esto, en el lenguaje cristiano, se llama virginidad. Muchas veces reducimos la virginidad a una condición física, pero en realidad es mucho más: la virginidad es la forma más verdadera de poseer.

Dice Giussani: «La imaginación desearía la relación sin sacrificio. La objeción a la vocación surge entonces de las imágenes que intentan evitar el sacrificio. Pero el sacrificio no es una objeción, es, como hemos dicho, la condición de la posesión (y nadie posee como nosotros)... Amas la flor no porque la huelas, no porque la arranques, sino

porque está ahí. Esa es la mayor posesión que puede existir... Si uno abraza las condiciones y circunstancias dadas, llega a la posesión. La virginidad es una posesión cien veces mayor y más profunda que la que tienen los demás»⁷³.

Todos estamos llamados a vivir la virginidad, sea cual sea el estado de vida que el Señor nos pida asumir. No hay amor verdadero sin virginidad. No hay amistad sin virginidad, matrimonio sin virginidad, paternidad sin virginidad. La virginidad, como veis, es la paradoja más desconcertante, porque en la experiencia de la fe es la condición para poseer de verdad la realidad: «Una posesión con dentro una distancia»⁷⁴. La forma exterior es la de la distancia: distancia del instinto, de la tentación de pensar que tenemos que aferrar para que la realidad sea nuestra. En cambio, es nuestra solo cuando aceptamos que es dada y la tratamos como tal.

Esta noche profundizaremos en este tema dejándonos guiar por Paul Claudel y su obra *La anunciación a María*, uno de los cuatro o cinco textos literarios fundamentales en la propuesta pedagógica de Don Giussani que estamos invitados a conocer en estos años de universidad.

Hablando de paradojas, tenemos que admitir que el cristianismo vivido en plenitud es una auténtica locura: afirma que Cristo lo es todo, y que no necesitamos nada más. Vladimir Soloviev, en esa estupefaciente obra que se llama *Breve relato del Anticristo*, pone en boca del emperador, el amo del mundo, estas palabras dirigidas al minúsculo grupo de cristianos que permanece firme tras la última y definitiva persecución: «Extraños hombres... decidme vosotros mismos, oh cristianos, que habéis sido abandonados por la mayoría de vuestros hermanos y jefes, ¿qué tenéis de más querido en el cristianismo?». Entonces, temblando, se puso en pie el starets Juan, blanco como un

73 L. Giussani, “*Un inizio e una storia di grazia*”, 30 Giorni, 5 (1991), p. 45 (la traducción es nuestra).

74 L. Giussani, *La familiaridad con Cristo*, Encuentro 2022, p. 84.

cirio y respondió con dulzura: “¡Gran soberano! Lo que tenemos de más querido en el cristianismo es Cristo mismo. Él mismo y todo lo que procede de Él, porque sabemos que en Él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad”»⁷⁵. El mundo se está yendo al carajo, pero esos dos o tres lo tienen todo, viven una positividad última que nada les puede arrebatar, porque tienen a Cristo.

Por desgracia, hemos perdido en gran medida el sentido de la “locura” de ser cristiano. Hay una escena curiosa en una película sobre Teresa de Lisieux de hace unos cuantos años que ilustra bien esta locura. Teresa y otra joven monja están en la cocina limpiando pescado, y mientras tanto charlan sobre Jesús, como dos chicas hablarían de su amante. En un momento dado, una de ellas le dice a la otra: «Tú y yo estamos locas, las dos, perdidamente enamoradas de un tío que vivió hace dos mil años»⁷⁶. Pues eso: el cristiano es alguien que cree que un hombre que vivió hace dos mil años sigue vivo y lo ama como se ama a una persona viva. Y le da la vida entera, con disponibilidad para lo que Dios pueda pedirle, para que sea más conocido y amado.

Entonces, ¡los cristianos están locos! Esto es lo que el mundo debería pensar, y si no lo hace, es una mala señal. Si nuestros vecinos, colegas y conocidos que no son cristianos nunca nos llaman locos, quizá deberíamos preocuparnos un poco. ¡Las fuentes literarias y jurídicas de los primeros siglos, como las que recogen las actas de los juicios a los cristianos, señalan que se les solía acusar de demencia, les consideraban “mentecatos”, es decir, con la mente cautivada por la estupidez!

A los cristianos de hoy, en cambio, se les dice de todo, pero en general no que están locos. Preguntémonos por qué. Entendedme: no estoy fomentando ser idiotas, todo lo contrario. San Pablo dice que «la sabiduría del mundo es locura ante Dios, y la locura del mundo

75 V. Soloviev, *Los tres diálogos y el relato del Anticristo*, Textos clásicos 1999, p. 180.

76 La película es *Thérèse* (1986), dirigida por Alain Cavalier. La escena empieza en el minuto 36.

para nosotros es sabiduría» (cf. 1Cor 3, 19). Estoy utilizando palabras provocativas para suscitar en nosotros un interrogante: ¿realmente somos en el mundo esa novedad, ese testimonio de que hay Alguien que hace nuevas todas las cosas? ¿Somos presencia que interroga? Un hombre de hoy, que re-conoce esa presencia amorosa, debería ser signo de contradicción, suscitar interrogantes.

En el fondo, nuestras iniciativas para estar presentes en el ambiente que nos toca vivir ahora, la universidad –como el Happening, que no es una iniciativa de algunos, sino expresión unitaria de nuestra identidad que quiere abrazar a todos y testimoniar el ciento por uno que hemos encontrado– responden a estos criterios de locura. Parece todo desproporcionado, pero ¡cuántos frutos ya está dando, y cuántos más nos esperan!

Es un ímpetu que reconocemos en nosotros como una sorpresa. Un ímpetu que está tan lleno de lo que hemos encontrado que no mide el éxito, no está preocupado por el éxito, porque los frutos los da Dios. Es un “atrevimiento ingenuo”, por utilizar una bellísima expresión de don Giussani con la que os dejo. «A medida que vamos madurando nos convertimos en espectáculo para nosotros mismos y, Dios lo quiera, también para los demás. Espectáculo de límite y de traición, y por eso de humillación, y al mismo tiempo de seguridad inagotable en la gracia que se nos da y renueva cada mañana. De aquí procede ese atrevimiento ingenuo que nos caracteriza, que hace que concibamos cada jornada de nuestra vida como un ofrecimiento a Dios, para que la Iglesia exista en nuestros cuerpos y en nuestras almas a través de la materialidad de nuestra existencia»⁷⁷. ¡Qué aventura más deseable!

77 L. Giussani, J. Prades, S. Alberto, *Crear buellas en la historia del mundo*, Encuentro 2019, p. 141.

ÍNDICE

Mensaje de Davide Properi	4
Introducción	5
Primera Lección	22
Segunda Lección	44

